

SOCIABILIDAD INFORMAL Y SEMIÓTICA DE LOS ESPACIOS. ALGUNAS REFLEXIONES DE MÉTODO¹

Informal sociability and semiotics of spaces. Some Reflexions on Method

Jorge URÍA
Universidad de Oviedo

Fecha de aceptación definitiva: 15-09-2009

RESUMEN: Pese al hecho de que, tal y como se intenta demostrar en este artículo, el concepto de sociabilidad no ignora en absoluto sus manifestaciones informales, frente al mucho más formalizado mundo de las asociaciones regladas y formalmente estatuidas, lo cierto es que apenas si comienzan ahora a explorarse tanto las manifestaciones históricas de la sociabilidad informal cuanto sus derivaciones en la lógica y el ordenamiento de los espacios que sirven de escenario a la acción histórica.

Este trabajo propone reexaminar la organización espacial aprovechando tanto la óptica de la sociabilidad informal cuanto la perspectiva semiótica, e intentando incorporar al discurso histórico líneas de investigación como las abiertas desde la historiografía francesa y anglosajona, algunas orientaciones de la geografía, la antropología del territorio o la tradición sociológica.

Palabras clave. Sociabilidad (informal), semiótica, asociación, ordenamiento de espacios, organización espacial, antropología del territorio, geografía, discurso histórico.

1. Este trabajo, como el anterior, fue presentado en un seminario de la Casa de Velázquez sobre *Política y sociabilidad: En torno a Maurice Agulbon*, organizado por Jordi Canal y Benoît Pellistrandi, que se celebró en Madrid los días 5 y 6 de febrero de 2001. La propia intervención de Maurice Agulbon («Histoire contemporaine et engagements politiques») se publicó en el n.º 34-1 (2004) de los *Mélanges de la Casa de Velázquez*, permaneciendo inéditas el resto de las contribuciones. Hemos pensando sin embargo que seguía teniendo alguna validez y agradecemos a Josefina Cuesta el acoger muy amablemente ambos textos.

ABSTRACT: Despite the fact that, as this article attempts to demonstrate, the concept of sociability is aware at all its informal manifestations, compared to more formalized world of associations formally regulated and statues, the fact is that only they start now to explore both the historical manifestations of informal sociability as its derivations in the logic and order of the spaces of historical action.

This work proposes to re-examine the spatial organization taking advantage both the perspective of informal sociability as the semiotic perspective, and tried to incorporate to historical discourse the research lines opened since the French and Anglo-Saxon historiography, some lines of geography, anthropology of space, or sociological tradition.

Keywords: Historical discourse, Antropology of the territory, Sociability, Semiotics, Spatial organization.

La sociabilidad informal y sus escenarios han estado presentes en la producción del Contemporaneísmo español más reciente, y sería injusto ignorarlo. De hecho en los estudios sobre sociabilidad, y tanto en el caso de los emprendidos por el hispanismo francés como en el de los realizados desde la propia Península, es posible detectar una línea de preocupación en este terreno que arranca de sus mismos inicios. Indicio de ella es indudablemente el temprano ejemplo que proporciona el volumen de 1978 sobre «Plazas y sociabilidad...» acometido desde la plataforma de la Casa de Velázquez o, yendo a sus manifestaciones más tardías, la muestra de trabajos como los de Javier Fernández Sebastián o Jean-Louis Guereña, en el 2000, el de Óscar Freán Hernández de 2001, o incluso alguna reflexión en parecido sentido del autor de estas páginas².

De todos modos tampoco cabe obviar el hecho de que, pese a todo ello, en el panorama global de los estudios españoles sobre la sociabilidad, la presencia de sus niveles informales constituye todavía hoy un patrimonio demasiado modesto, discontinuo y débil, contrastando así su situación con el estado de la investigación histórica sobre las manifestaciones de la sociabilidad en su conjunto; cuyo balance ha tenido una evolución mucho más positiva en los últimos

2. «Plazas» et Sociabilité en Europe et Amérique latine. Paris: De Bocard, 1982; dentro de este volumen editado por la Casa de Velázquez, cabría destacar la aportación de BONET CORREA, A.: «La puerta del sol de Madrid, centro de sociabilidad». FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, Javier: «La sociabilidad de las élites en el País Vasco (siglos XVIII y XIX). Hábitos, espacios, ideologías», y GUEREÑA, Jean-Louis: «La sociabilité au quotidien. L'espace urbain madrilène ou XIX siècle», ambos en MARTÍN, Luis P. y BRENOT, Anne M. (eds.): *Les sociabilités dans le monde hispanique (XVIIIème-XXème siècles). Formes, Lieux et représentations*. Valenciennes: Presses Universitaires de Valenciennes, 2000. FREÁN HERNÁNDEZ, Óscar: «La creación de una identidad colectiva: sociabilidad y vida cotidiana en la clase obrera gallega». En VALÍN, Alberto (dir.): *La sociabilidad en la Historia Contemporánea*. Ourense: Duen de Bux, 2001; URÍA, J.: «Lugares para el ocio. Espacio público y espacios recreativos en la Restauración española», *Historia Social*, 41, 2001 y «Los lugares de la sociabilidad. Espacios, costumbre y conflicto social». En: CASTILLO, S. y FERNÁNDEZ, R. (coords.): *Historia social y ciencias sociales*. Lleida: Milenio, 2001. La sociabilidad informal también es tratada en estudios como el de BOTARGUES, Meritxell: *Consumo cultural en la ciudad de Lleida (1808-1874)*. Lleida: Pagés, 2000; o el de FRASQUET, Ivana: *Valencia en la revolución (1834-1843). Sociabilidad, cultura y ocio*. Valencia: Universitat de València, 2002.

años. Efectivamente si hace una década los estudios sobre sociabilidad apenas habían despegado en el ámbito español, su panorama actual es sin duda alguna el de una implantación firme en la que, incluso, pueden señalarse ya algunos problemas derivados de su crecimiento desordenado. Efectivamente era en 1989 cuando el hispanista Jacques Maurice, en un número monográfico de la desaparecida *Estudios de Historia Social* dedicado a «La sociabilidad en la España Contemporánea», lamentaba la «débil, si no nula, propensión de los historiadores españoles contemporaneístas a utilizar la noción de sociabilidad». El problema hoy quizá sea el inverso; sobrepasada ya una década de aquellas declaraciones, para algunos autores la sociabilidad es hoy no sólo un concepto ampliamente aceptado por los historiadores, sino también una especie de fetiche empleado con profusión excesiva, casi como una muletilla, y cuya extensión en el uso ha venido acompañada de su banalización y de un apreciable desdibujamiento epistemológico³.

1. EL PAPEL DE LA SOCIABILIDAD *INFORMAL* EN LA HISTORIOGRAFÍA DE LA SOCIABILIDAD

La trivialización del término corre pareja con otra característica que resulta particularmente oportuno recordar en esta exposición. Lo que se ha venido estudiando, como se sugiere hace un momento, era ante todo la sociabilidad *formal*, mientras que sólo raramente se profundizaba en los niveles *informales*. Como se ha sostenido ya en otro lugar, una situación así se ha consolidado merced a varias circunstancias. No puede olvidarse en este sentido que el estudio de la sociabilidad informal requiere de ejercicios indagatorios y de fuentes que sólo ayudan a su documentación de un modo indirecto y con frecuencia dificultoso; no es fácil, en este sentido, levantar acta de las tendencias a la asociación que se evidencian una y otra vez, y pese a su inconstancia o a su fugacidad, en la plaza pública, en la calle, en los atrios de la iglesia o en una simple taberna. La sociabilidad formal, en cambio, y debido a su frecuente plasmación institucional deja un rastro mucho más firme en los estatutos, los reglamentos o la documentación económica de las entidades en las que cristaliza; en los mismos edificios que les sirven de sede, o en las noticias de prensa o en la documentación oficial que genera su existencia más visible y reconocida administrativamente. Los historiadores profesionales tienen un repertorio de fuentes más conocidas, y pisan definitivamente un terreno mucho más firme cuando orientan sus esfuerzos hacia el estudio de las manifestaciones de la sociabilidad formal, no pocas veces confundida en el terreno de los hechos con el asociacionismo, y a nadie debe extrañarle, en consecuencia, esta orientación de

3. MAURICE, Jacques: «Propuestas para una historia de la sociabilidad en la España contemporánea», *Estudios de Historia Social*, III-IV, 1989, p. 134. GUEREÑA, Jean-Louis: «La sociabilidad en la España contemporánea». En SÁNCHEZ, Isidro y VILLENA, Rafael (coords.): *Sociabilidad fin de siglo. Espacios asociativos en torno a 1898*. Cuenca: Universidad de Castilla-La Mancha, 1999, p. 17. URÍA, J.: «Los lugares de la sociabilidad...», *op. cit.*

las labores investigadoras. El estudio de las manifestaciones de la sociabilidad informal, en cambio, requiere de una reconstrucción con fuentes más diversificadas, a menudo más problemáticas, y con márgenes mayores de riesgo interpretativo. Vale la pena intentarlo, sin embargo, y asombra en cierta medida el que no se haya emprendido su estudio hasta ahora con mayor decisión.

Nadie puede invocar como precedente de las tendencias que acaban de apuntarse la obra de quien ha sido el aclimatador más conocido de la noción de sociabilidad en la historiografía reciente; y, en concreto, un Maurice Agulhon a quien suele citarse una y otra vez como referente de autoridad en este género de trabajos. Desde el principio de su obra, en efecto, es posible determinar no sólo el perfil diferenciado de las manifestaciones de la sociabilidad *formal* y de la *informal* sino, lo que es más, la importancia que a esta última modalidad se le atribuía dentro de la cultura y la vida asociativa popular. Era en 1977, en efecto, cuando en una intervención oral luego trasladada a un libro, encarecía Agulhon la centralidad de estos niveles informales en el estudio de la sociabilidad popular, opuestas, en más de un sentido, a las manifestaciones de la sociabilidad más típicamente burguesa. Frente a lugares de sociabilidad exclusiva y más o menos exquisita, propios del mundo de los grupos sociales hegemónicos y con frecuencia rígidamente formalizados era posible establecer, sin embargo, la importancia de una sociabilidad informal que era crucial en los marcos sociales de carácter popular, y que era preciso no pasar por alto si se quería tener una idea cabal de sus prácticas sociales.

On ne se trompe pas beaucoup en pensant que le cercle, c'est quelque chose de fondamentalement bourgeois. Or même les bourgeois s'épargnaient quelque fois la peine de rédiger des statuts en forme et vivaient leur vie de loisir et de lecture au café (de façon informelle). A plus forte raison chez les gens du peuple, moins intruits, la part de la sociabilité informelle devait être la plus importante. C'est elle qu'il ne faut surtout pas laissez échaper⁴.

Recurrir a la exégesis de Agulhon para delimitar epistemológicamente la noción de la sociabilidad en cualquiera de los casos no tiene por qué suponer una vía definitiva en cuanto a los múltiples problemas de indefinición que aún plantea este término. Pudiera argumentarse en este sentido la escasa propensión de los historiadores franceses a fundamentar en sus textos los basamentos metodológicos o conceptuales de sus investigaciones históricas, lo que en parte explicaría la parquedad con la que el propio Agulhon ha acudido a justificar o definir sus propias ideas en este terreno; la noción, por lo demás, ha ido adquiriendo en la obra de ese autor matices o cambiando en sus detalles a lo largo del tiempo⁵.

4. AGULHON, M.: «Sociabilité populaire et sociabilité bourgeoise au XIX siècle». En: POUJOL, G. et LABOURIE, R. (dirs.): *Les cultures populaires*. Toulouse: Privat, 1979, pp. 83-84.

5. A las posiciones «más empíricas» de los historiadores franceses en el terreno de las investigaciones sobre la sociabilidad alude MAZA ZORRILLA, E.: «Sociabilidad e historiografía en la España contemporánea», *Ayer*, 42, 2001. La especie, de todos modos, es sostenida también por parte de los

De todos modos se olvida también, a menudo, que Agulhon acudió al concepto de sociabilidad no con el propósito inicial de crear una escuela cerrada en sí misma o de fundamentar un método que remontase o sometiese a otros, sino con la intención seguramente más lúcida de recurrir a un instrumento que le iba a ser, eso sí, de particular utilidad en su verdadero objetivo, el de la construcción de una historia política renovada en sus métodos y en sus objetos de estudio. La definición de un término como el de sociabilidad, en consecuencia, no tenía por qué ser una obligación asumida por el autor pese a que, una vez abierto el debate sobre sus posibilidades, haya acudido a él aportando unas reflexiones que nadie puede ignorar. El carácter al fin y al cabo subordinado que tiene esta noción dentro del instrumental analítico del que se vale Agulhon en su historia política vendría avalado incluso por algunos de sus más recientes e interesantes trabajos. La conclusión de su reciente trilogía sobre *Marianne* y las imágenes y la simbología del republicanismo francés ilustra, evidentemente, esta cuestión; la suya es en este caso, en rigor, una historia de las representaciones que, mediante otros métodos y técnicas además de los propios del análisis de la sociabilidad, contribuye al esclarecimiento de una historia política muchas veces contada; la de la República francesa que se redescubre ahora bajo nuevos y enriquecedores prismas⁶.

No ayuda tampoco gran cosa al establecimiento del perfil conceptual del término el ampliar la indagación a las menciones al término que aparecen en la lengua y la literatura castellana desde épocas relativamente alejadas en el tiempo. A lo más ilustra una existencia en el léxico desde fechas tempranas que resulta equívoca, toda vez que su presencia en el sistema lingüístico español al menos desde el siglo XVII, si puede convencernos de lo «natural» de su uso en nuestro ámbito lingüístico, pudiera a la vez desdibujar el hecho cierto de que la noción

hispanistas franceses que, como Jean Louis GUEREÑA, inciden en el hecho de que «las discusiones teóricas preliminares» no sean «muy propias de los historiadores franceses» en «Un ensayo empírico que se convierte en un proyecto razonado: Notas sobre la historiografía de la sociabilidad». En: VALÍN, A. (dir.): *La sociabilidad en la Historia Contemporánea...*, op. cit., 2001, p. 24; de forma más categórica Jean René AYMES, en 1998, había saludado la propensión dentro del hispanismo francés «al abandono de toda aplicación servil de cualquier forma de modelo tenido por portador de una inatacable cientificidad (que) da la impresión de acelerarse durante los últimos diez o veinte años, como si los hispanistas nos hiciéramos conscientes, más que nunca, de la ineludible y recomendable adaptación de cualquier teoría al objeto examinado, tomando en cuenta la especificidad del mismo. “El hispanismo francés —advierte Yvan Lissorgues— parece desconfiar tradicionalmente del exclusivismo” (en «La aportación del hispanismo francés (1975-1998) al conocimiento de la España del siglo XIX (1808-1868)», *Ayer*, 31, 1998, p. 40). En fin, el propio AGULHON había coincidido en reflexiones de idéntico tenor, y aplicándose al caso, en *La sociabilité en Normandie* (Rouen: Musées Départementaux de la Seine-Maritime, 1983, p. 11), cuando confesaba: «Le mot de sociabilité s’est imposé en histoire depuis quelques années sans que la validité du concept ait été vraiment vérifiée. Mais les historiens français sont peu philosophes, ils travaillent souvent par intuition et empirisme, et la théorie vient après, quand elle vient» (citado por CANAL I MORELL, J.: «La sociabilidad en los estudios sobre la España contemporánea», *Historia Contemporánea*, 7, 1992).

6. AGULHON, M.: *Les métamorphoses de Marianne. L’imagerie et la symbolique républicaines de 1914 à nos jours*. Paris: Flammarion, 2001, esp. pp. 7 y 249-251.

rigurosa y precisa de su contenido, la que se perfila epistemológicamente en el campo de las ciencias sociales, constituye una adquisición bastante reciente que no puede retrotraerse más allá de los inicios del siglo XX⁷.

Como se ha recordado en ocasiones, el Diccionario de Autoridades define este vocablo en términos amplios como el «tratamiento y correspondencia de unas personas con otras»; y la presencia de esta concepción de la sociabilidad, en todo caso, es cosa evidente en campos de la cultura decimonónica como el de la filosofía, el pensamiento jurídico, o incluso el de la historia. En este sentido cabría comentar datos como el de la aparición de la obra del mallorquín Pedro Juan Morel *De la sociabilidad política ó aristocracia social* (Madrid, 1838), o circunstancias como la del papel que se le otorgaba a la sociabilidad, como elemento primordial de los fundamentos jurídicos de lo social, en el krausismo de autores como José María Maranges. A tenor de análisis de la filosofía jurídica del XIX español como el de Juan José Gil Cremades, además, se deduce la presencia habitual de la sociabilidad en la argumentación del krausismo jurídico, español en su conjunto. De ahí la crítica de Ortí y Lara a la percepción como

determinante de lo jurídico, en sentido objetivo [de] el concepto de sociabilidad, «inventado» por los racionalistas para escamotear el origen divino del derecho». Es verdad, de todos modos, que Ortí y Lara sostenía posiciones extremas en su enfrentamiento doctrinal con el krausismo, y que fuera de su caso eran posibles posiciones más matizadas como las del neotomista Fernández de Henestrosa; de cuya percepción de la sociabilidad arrancaba la propia concepción de la ley⁸.

El peso que la sociabilidad tiene en la fundamentación krausista del derecho, en todo caso, se advierte en el hecho de que el propio Sanz del Río la hubiera colocado en el capítulo de los derechos inalienables, absolutos e imprescriptibles de toda sociedad:

Todo hombre tiene derechos absolutos, imprescriptibles, que derivan de su propia naturaleza y no de la voluntad, el interés o la convención de sus semejantes: los derechos a vivir, a educarse, a trabajar, a la libertad, a la igualdad, a la propiedad, a la sociabilidad. La sociedad puede y debe organizar estos derechos en el interés de todos, en favor de su coexistencia y de su cumplimiento; puede y debe

7. Así lo recuerda, por ejemplo, GUEREÑA, Jean-Louis: «La sociabilidad en la España contemporánea». En: SÁNCHEZ SÁNCHEZ, I. y VILLENA ESPINOSA, R. (eds.): *Sociabilidad fin de siglo, op. cit.* Cuenca, 1999.

8. MORELL, Pedro Juan: *De la sociabilidad política ó aristocracia social*. Madrid: Imprenta de Yenes, 1838. JOSÉ MARÍA MARANGES, en la p. 26 de sus *Estudios Jurídicos*. Madrid: Imp. de Alibau y C., 1878, alude a la sociabilidad que impone «su sello sobre todas las manifestaciones humanas»; la obra y la cita provienen de Juan José GIL CREMADES en *El reformismo español. Krausismo, escuela histórica, neotomismo*. Barcelona: Ariel, 1969, p. 93; más alusiones a la visión del asunto en Ortí y Lara, además de en la de Fernández de Henestrosa, en las pp. 169 y 325 del mismo estudio. Aluden al papel de la sociabilidad en la fundamentación social y jurídica del krausismo, aparte de autores como J. A. Laporta, Elías Díaz en *La filosofía social del krausismo español*. Madrid: Fernando Torres, 1989, pp. 127-128.

castigar su infracción o violación para restablecer el derecho y la ley y corregir la voluntad del culpable; pero no puede privar de estos derechos a nadie⁹.

De cualquier manera la evidencia de datos como éstos, que ilustran la presencia habitual en el léxico de una noción como la de la «sociabilidad», no ha de hacernos perder de vista la notoria vaguedad e imprecisión que caracterizaba su empleo. La extensión que se daba al vocablo en el ámbito de la historiografía hispanoamericana, y en obras tan señaladas como la *Historia del Belgrano...* de Bartolomé Mitre (1859), ilustra sobradamente este extremo. Efectivamente dicho trabajo, en su capítulo introductorio, desarrollaba el ambicioso tema de «La sociabilidad argentina—1770-1794». Sirviéndose de la biografía de Manuel Belgrano como hilo conductor de su relato, la sociabilidad se identificaba aquí en realidad con una especie de constitución interna, históricamente construida, de una sociedad argentina que se conformaba originalmente a partir de ingredientes muy diversos, hasta adquirir los perfiles rotundos de una nacionalidad específica. Los objetivos del capítulo, en este sentido, no podían estar más claros:

Combinando la historia con la biografía vamos a presentar, bajo un plan lógico y sencillo, los antecedentes coloniales de la sociabilidad argentina, la transición de dos épocas, las causas eficientes de la independencia de las Provincias Unidas del Río de la Plata, las acciones y reacciones de los elementos ingénitos de la nueva sociedad política; el movimiento colectivo, el encadenamiento lógico y cronológico de los sucesos; los hombres, las tendencias, los instintos, las ideas, la fisonomía varía de esa revolución de un pueblo emancipado, que lucha, busca su equilibrio y se transforma obedeciendo a su genialidad¹⁰.

Tal y como ya se ha adelantado la considerable latitud de significados que amparaba el término, y que se trasluce a través de testimonios como éstos, comenzó a rectificarse, no obstante, según como despegaba su perfil en las ciencias sociales y, en particular, en el ámbito de la sociología.

2. SOCIABILIDAD Y TRADICIÓN SOCIOLOGICA

No es el momento, por supuesto, de trazar un recorrido detallado a través de los sucesivos pasos que acabaron perfilando la noción que nos ocupa dentro del campo historiográfico; puede resultar útil, sin embargo, subrayar algunas de las características que la señalan y que mejor utilidad tengan a los efectos de esta

9. Citado por E. Díaz en *La filosofía...*, *op. cit.*, p. 58. El texto también es citado por DARDÉ, Carlos: «Biografía política de Nicolás Salmerón (c. 1860-1890)». En: PIQUERAS, J. A. y CHUST, M. (comps.): *Republicanos y repúblicas en España*. Madrid: Siglo XXI, 1996, p. 287. La cita se toma, en todo caso, de la edición de *Textos escogidos: Julián Sanz del Río* al cuidado de Eloy Terrón. Barcelona: Ediciones de Cultura Popular, 1968.

10. MITRE, Bartolomé: *Historia de Belgrano y de la independencia argentina. Precedida del corolario que escribió para la primera edición Domingo F. Sarmiento. En el año Mil Ochocientos Cincuenta y Nueve*. Buenos Aires: Suelo Argentino, 1950.

exposición. Es importante, en primer lugar, el hecho de que la noción de la sociabilidad, por encima de la orientación hacia la que se hayan basculado sus campos de investigación en el terreno histórico, haya tenido una plasmación sociológica mucho más plural y versátil de lo que a menudo se resalta desde el debate historiográfico; dentro de esta tradición, además, sus diversas manifestaciones teóricas no dejaron nunca de destacar la importancia de sus plasmaciones *espontáneas* o asociadas al campo aparentemente intrascendente de la *vida cotidiana*, en manifiesta contradicción con las vertientes más formalizadas y vinculadas al estatus asociativo; las más exploradas precisamente, y como ya sabemos, dentro del territorio de la historia. Para evitar, en fin, manidos planteamientos victimistas acerca de la capacidad o solvencia teórica de la historiografía española, quizá no esté de más agregar a estas cuestiones que, dentro de lo que sin duda es un desarrollo históricamente incompleto de la sociología española, la sociabilidad, como noción precisa de las ciencias sociales, hizo aquí acto de presencia de modo relativamente temprano aunque, ciertamente, no alcanzase nunca un arraigo firme; cuestión esta última que, por cierto, nada tiene de particular dentro de un corpus disciplinar sociológico que se ha mostrado históricamente bastante remiso a incorporar esta terminología a su repertorio habitual.

Un vistazo a la obra de Agulhon o a la literatura crítica generada en torno suyo, nos proporciona unas referencias epistemológicas que, en general, se caracterizan por su circunspección en cuanto a sus referentes sociológicos; y que además, cuando descienden a estos aspectos, lo suelen hacer mezclando aportaciones de muy variado tenor. Suelen combinarse así, en estas obras, las lecturas de clásicos de sociología de carácter general o que proporcionan soluciones pragmáticas para el trabajo de campo, junto con las que han sido históricamente indispensables en el proceso de establecimiento del concepto que nos ocupa. Es así como pueden verse mezclados en un mismo contexto obras o autores tan diversos en cuanto a su aportación teórica a la noción de sociabilidad como Tönnies, Mac Iver, Weber, Cuvillier o Norbert Elias. Por encima de este cúmulo de autores, en todo caso, resulta perceptible la herencia de la sociología francesa de Émile Durkheim; y más en particular, y como se ha señalado alguna vez, la de la lectura norteamericana del autor, con su tradicional énfasis en la solidaridad y en la sociabilidad de unos grupos cuyas tendencias a la cooperación espontánea se matizan con la existencia de normas, modelos y valores compartidos que suponen la existencia de un control social inseparable del despliegue de la sociedad industrial. El propio Agulhon subrayaría, además, la importancia de Gurvitch en la construcción conceptual de la sociabilidad advirtiendo, algo más tarde, la importancia de las aportaciones de Simmel¹¹.

11. Véase la recensión de CHAMBOREDON, Jean Claude: *Les associations au village*, de AGULHON, en *Annales, Économies, Sociétés, Civilisations*, 1, 1984; así como la de Rémy PONTON sobre otra obra del mismo autor, en este caso *Le cercle dans la France bourgeoise, 1810-1948*, en *Annales, Économies, Sociétés, Civilisations*, 6, 1980. Véanse también las introducciones de AGULHON, M.: *Pénitents et Francs-Maçons de l'ancienne Provence*. Paris: Fayard, 1984 y de *Le cercle dans la France Bourgeoise 1810-1848*. Paris: Colin, 1977.

Nos es importante volver sobre algunas vertientes de la obra de estos autores, sin embargo, y en particular sobre teóricos como Georges Gurvitch, ubicado en la misma tradición sociológica francesa; Georg Simmel, cuya elaboración sociológica originariamente alemana cobró significación sin embargo a raíz de los comentarios que de él hizo en los años cincuenta el sociólogo norteamericano Wolf; o incluso sobre el caso más reciente del interaccionismo del canadiense Erving Goffman. La invocación de tales autores nos es aquí particularmente útil toda vez que, también en ellos, puede rastrearse una atención nada adjetiva hacia los aspectos más informales, inestables y cotidianos de la sociabilidad; precisamente los que más pueden importarnos en esta exposición¹².

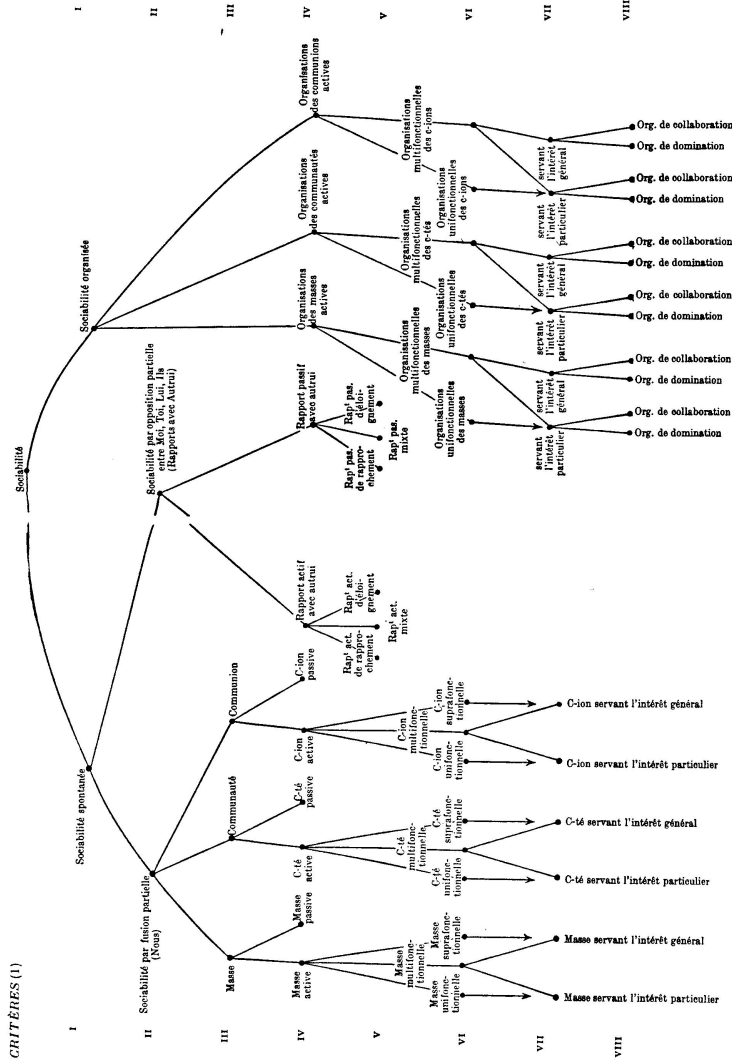
En lo que a Gurvitch se refiere, tanto su noción de sociabilidad cuanto, en especial, su clasificación de tipos diferentes de la misma, reviste una notoria complejidad taxonómica. Básicamente la tipología parte de la distinción clásica entre sociabilidad *espontánea* (la informal en la tipología de Agulhon) y *organizada* (la formal para nuestro autor), para después ramificarse en distintos tipos atendiendo a siete criterios clasificatorios más. Es importante destacar, desde luego, el papel que otorga el autor a la sociabilidad espontánea, fuente prístina de la misma, frente al carácter intermediado de la sociabilidad organizada, perfilada esta última en función de sus relaciones con la sociabilidad espontánea:

Il est vrai que les principales distinctions entre les types de sociabilité s'affirment d'abord au sein de la sociabilité spontanée, et ne se répercutent qu'indirectement et par des intermédiaires sur les expressions organisées. C'est, d'ailleurs, parce qu'il nous a parie possible d'étudier ces répercussions des multiples types de sociabilité spontanée sur les organisations, que nous nous sommes décidés, d'une part, à introduire cette distinction dans la microsociologie même, et d'autre part, à remettre son analyse jusqu'au paragraphe où nous sommes amenés à distinguer les différentes expressions organisées de la sociabilité spontanée¹³.

No han sido abundantes las referencias a la obra de Georg Simmel, por otra parte, en el *corpus* historiográfico de los estudios sobre sociabilidad. Y quizá pueda deberse ello al carácter problemático e inacabado de parte de sus aportaciones teóricas a la sociología; algo que, tradicionalmente, ha dificultado durante bastante tiempo el colocarlo entre los fundadores de la sociología, y que ha contribuido a que aún hoy se discuta si sus trabajos prácticos, imbuidos de penetración

12. Naturalmente se está intentando centrar aquí la atención en los referentes fundamentales del despliegue de la noción en ámbitos como el anglo-americano. Existieron de todos modos otros usos del término y otra literatura a su propósito; la de Robert K. MERTON por ejemplo quien, en su *Teoría y estructura sociales*, dedica un epígrafe de su capítulo sobre «Estructuras de relaciones sociales» a la sociabilidad y las redes de relaciones personales. Véase su *Teoría y estructura sociales* (México: FCE, 1992), reimpresión de una tercera edición inglesa (1968) que revisaba la primera (*Social Theory and Social Structure*, de 1949).

13. GURVITCH, Georges: *La vocation actuelle de la sociologie*, tome I. Paris: PUF, 1963, pp. 132 y 142-143.



(1) Il faut noter que les critères VI, VII et VIII s'appliquent aussi bien aux types de sociabilité que aux types de groupements. En effet, nous retrouverons ces critères en discutant dans le chapitre V de ce livre la typologie des organisations sociales qu'au sein du même groupe peuvent entrer en conflit des « Nous » unitaires-fonctionnels des « Nous » servants l'intérêt particulier, et des « Nous » servant l'intérêt général. Les critères VI, VII et VIII, manifeste toute la complexité des unités collectives sociales, qui définissent toute tentative de caractérisation univoque.

Fuente: GURVITCH, G.: *La vocation actuelle de la sociologie*, vol. II, Paris, 1957, pp. 142-143

y agudeza analítica, son cosa suficiente como para aclamarle como uno de los fundadores de la sociología moderna o si, por el contrario, habría que considerarlo más bien como un mero «estilista brillante que no hizo ninguna aportación original y fue incapaz de desarrollar una teoría sistemática». De hecho hubo que esperar al final de los años cuarenta o a los primeros cincuenta para que se produjese una revalorización más firme de las aportaciones del autor, de la mano de acontecimientos como la edición del estudio de K. Wolf, ya clásico, sobre la sociología de Simmel, así como de la reedición de algunos de sus trabajos; y en particular, y en lo que a nuestros efectos más nos importa, la de su clásico estudio de 1911 sobre la sociabilidad, vuelto a publicar en 1949 en el *American Journal of Sociology*. Ése sería el punto de partida para una atención hacia sus aportaciones sociológicas que, desde entonces, no ha hecho más que renovarse¹⁴.

Las reflexiones simmelianas sobre la sociabilidad inciden, desde luego, en plasmaciones de muy escasa formalización e institucionalización. En este caso la sociabilidad es concebida como la manifestación a escala microsociológica de una interacción comunitaria donde la «pura esencia de la asociación» se manifiesta vinculada a acciones que proporcionan a sus ejercitantes claras gratificaciones o satisfacciones, justificando así «el puro placer de la compañía con otros». De ahí que se concibiese, sobre todo, como un «juego social» y que se ejemplificase en acciones como el simple hecho de cenar con otros fuera de casa por el solo interés de sostener una conversación agradable y, frecuentemente, intrascendente. Pese a su apariencia de integrar un mundo superficial, sin embargo, la sociabilidad constituía un espacio fundamental en la interacción social, toda vez que contribuía decisivamente a la construcción de la experiencia y de los significados de realidades más profundas, aun cuando distanciándose de esas mismas realidades en un formato desinteresado, como el del propio hecho de hablar por el simple placer de hacerlo¹⁵.

En parte, el interés reciente por la noción de sociabilidad en la obra de Simmel corre parejo con su dedicación al estudio de los fenómenos de interacción a escala microsociológica. Tal circunstancia, indudablemente, cabría relacionarla con planteamientos de corrientes de las ciencias sociales tan dinámicas como la que desembocó en el interaccionismo simbólico, y que formaba parte de las

14. Buen ejemplo del carácter controvertido de la obra de Simmel son los apuntes sobre su figura hechos por Renate MANTZ para la *Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales*. Madrid: Aguilar, 1979, de donde se toma el párrafo entrecomillado (vol. 9, pp. 611-617). Véase también el estudio de WOLF, K.: *The Sociology of Georg Simmel*. New York: Free Press, 1950; así como la reedición de SIMMEL, G.: «The Sociology of Sociability», *American Journal of Sociology*, 55, 1949. Un buen indicador del interés renovado por la sociología de este autor se encuentra en selecciones de sus escritos —nada fáciles de encontrar reeditados hasta entonces— como la de FRISBY, David y FEATHERSTONE, Mike: *Simmel on Culture. Selectec Writings*. London: Sage, 1987.

15. RUTTER, JASON y SMITH, Grez: «Ritual Aspects of CMC Sociability». En: BUCKNER, Kathy (ed.): *Spirit 13. Workshop on Ethnographic Studies in Real and Virtual Environments: Inhabited Information Spaces and Connected Communities*. Edinburgh: Queen Margaret College, 1999, pp. 113-122. En este estudio se comentan los textos de Simmel a los que se hace referencia en el párrafo (CMC = Computer Mediated Communication).

preocupaciones más comunes de la sociología empírica desarrollada en las décadas centrales del siglo XX; y ello con independencia del calado que hubiese tenido el propio uso de la noción de sociabilidad, ocasional en realidad en muchos casos dentro de este contexto. La influencia de Simmel en la génesis de la etnometodología, al lado de la del realismo social de Georges H. Mead, del pragmatismo nominalista de John Dewey o del conductismo radical de J. B. Watson es un hecho, por lo demás, bien establecido. Al mismo tiempo que se revalorizaba la obra de Simmel en los Estados Unidos de los cuarenta y cincuenta, en todo caso, aparecía alguna de las obras esenciales de Erving Goffman, y sobre todo su *Presentation of Self in Everyday Life* (1959); uno de los puntos de referencia obligados dentro de una personalidad tan compleja y multifacética como la suya, y que ha sido puesta como ejemplo significativo, a la vez, tanto de la evolución del interaccionismo simbólico cuanto de corrientes como las de la etnometodología.

Algunas de las líneas interpretativas de esta obra tenían indudablemente interés en lo que a la interacción en los grupos sociales a pequeña escala se refiere. Tal era su preocupación por los mecanismos a través de los que las personas se representaban a sí mismas ante las audiencias sociales, recurriendo a una especie de *dramaturgia*, y con todas las implicaciones que ello tenía en la vida cotidiana; en cuyo estudio empírico avanzó considerablemente descubriendo los complejos procedimientos mediante los que el conjunto social forzaba a las personas a falsear o modificar constantemente su propia imagen y, por consiguiente, sus propias actitudes públicas. En el interaccionismo subsistían, es cierto, importantes diferencias de fondo entre quienes como G. H. Mead defendían la prioridad del contexto social en la construcción del individuo actuante en lo social, o aquellos que como Herbert Blumer hacían hincapié, más bien, en los procesos de valoración del yo a la hora de construir el agente social sus propios sistemas de significados menospreciando, a la vez, los condicionamientos externos del *self* como los provenientes de los ingredientes culturales o del sistema social. Importa resaltar de todas las maneras los puntos de acuerdo de todos ellos, y en particular su insistencia en considerar la interacción social como el núcleo del que parte la capacidad del individuo, en tanto que ser social, para aprender los significados y los símbolos que «permiten a los hombres actuar e interactuar de una manera distintivamente humana». Es en este contexto, sin duda, en el que hay que situar el uso que se hace de la noción de sociabilidad en obras de Erving Goffman como su *Behavior in Public Places*, a la vez que planteamientos de estudio tan interesantes como los de Eric Laurier, Angus White y Kathy Buckner a la hora de afrontar sus investigaciones etnográficas sobre los cafés; estudios estos últimos donde se entremezclan los datos provenientes de la historiografía de la sociabilidad, planteamientos como los de la etnometodología o nociones de la sociología de Jürgen Habermas como las de «espacio público»¹⁶.

16. Los párrafos entrecomillados proceden de la interpretación de la etnometodología —y del papel que en ella tuvieron obras como la de E. Goffman— que se hace en la obra de RITZER, Georges:

Así pues la existencia de datos como éstos pone en evidencia la involucración teórica en la sociabilidad desde el campo sociológico, y en particular en lo que se refiere a los aspectos más informales de los procesos interactivos en los que se envuelve. El interés certificado desde este último campo, sin embargo, no siempre ha estado en conexión con los principales núcleos temáticos o metodológicos que han venido caracterizando la actividad historiográfica. La sociabilidad no ha sido, de hecho, una categoría habitual en el léxico de los historiadores franceses hasta fases más bien recientes; y algo bien parecido puede decirse de la historiografía española pese a que, en nuestro caso, tampoco puede aducirse un desconocimiento de la noción en el ámbito de otras ciencias sociales y, más en concreto, en el de la sociología¹⁷.

3. LA SOCIABILIDAD EN LAS CIENCIAS SOCIALES ESPAÑOLAS

Debiera de empezarse por recordar, en este orden de cosas, que la obra de Durkheim no fue desconocida en absoluto en el ámbito de la cultura española que le fue coetánea. Bien al contrario, desde finales del siglo XIX puede observarse su presencia en uno de los capítulos peor conocidos, por cierto, de la historia cultural española del cambio de siglo; y, en concreto, a través de la formidable labor de actualización y de puesta al día de la misma a través de revistas literarias como *La Lectura* o *La España Moderna*. En plataformas como éstas, y a través de la ingente sistemática tarea de recensiones bibliográficas de lo mejor

Teoría sociológica contemporánea. Madrid: McMillan, 1996, esp. pp. 214-253. Véase también GOFFMAN, E.: *Behavior in Public Places. Notes on the Social Organization, of Gatherings*. New York: Trade Paperback, 1985, pp. 88-89. LAURIER, ERIC; WHITE, ANGUS y BUCKNER, KATHY: «An ethnography of a neighbourhood café: informality, table arrangements and background noise», *Journal of Mundane Behavior*, vol. 2, 2001.

17. Naturalmente la trayectoria sociológica que se hace en esta exposición de los niveles informales de la interacción social está en función de la recepción particular que ha tenido en la historiografía la noción de sociabilidad y, especialmente, de la clasificación binaria en la que se han tendido a repartir sus manifestaciones *formales e informales (estructuradas o espontáneas)* en la clasificación de Gurvitch). Existen de todos modos otras formas de clasificación a partir de oposiciones binarias. Recientemente Louis P. Martín ha recordado, acudiendo a la obra de DEGENNE, A. Y FORSÉ, M.: *Les réseaux sociaux*. Paris: Colin, 1994, que «aunque los sociólogos establecen al menos cuatro tipos de sociabilidad según el carácter (colectiva/individual), según la intensidad (fuerte/débil), según la relación (electiva/afinidad); sigue siendo el cuarto tipo, el estructural (formal/informal) el que más amplitud tiene entre los estudios históricos sobre la sociabilidad»; MARTÍN, L. P.: «Nuevos actores en la política. La sociabilidad en la España contemporánea», *Studia Historica. Historia Contemporánea*, 18, 2000. De todos modos la sociología de Robert CASTEL, por ejemplo (*Las metamorfosis de la cuestión social*. Buenos Aires: Paidós, 1997, p. 34), establece la distinción entre la sociabilidad *primaria* y la *secundaria*, entendiendo por la primera «los sistemas de reglas que vinculan directamente a los miembros de un grupo, sobre la base de su pertenencia familiar, de vecindario, de trabajo y tejen redes de interdependencias sin la mediación de instituciones específicas. Se trata en primer lugar de sociedades de permanencia, en cuyo seno el individuo, insertado desde su nacimiento en una red estrecha de coacciones, reproduce en lo esencial los mandatos de la tradición y la costumbre»; la secundaria, en cambio, estaría «construida a partir de la participación en grupos que suponen una especialización de las actividades y de las mediaciones institucionales».

de la literatura de la Europa continental o del ámbito cultural anglosajón en terrenos como el de la filosofía, la sociología o las propias ciencias físico-naturales puede descubrirse, en efecto, la atención hacia la obra sociológica del autor francés. Adolfo Posada fue, sin duda, su principal y más atento divulgador en España; y en ambas revistas iban a aparecer reflexiones suyas sobre su obra y entre otras en los correspondientes resúmenes de las sucesivas entregas de *L'Année Sociologique*; cuando en 1902 recopile Posada en *Literatura y problemas de Sociología* la serie de recensiones sociológicas aparecidas en las publicaciones especializadas del momento, podrá observarse con toda claridad, en consecuencia, la atención que la obra de Durkheim había suscitado en Posada. No era éste, con todo, el único indicio de este interés, y de hecho desde principios del siglo XX se habían ido vertiendo a la lengua castellana distintos trabajos suyos; desde 1904 se había procedido así desde Madrid a la edición de *Sociología y ciencias sociales*, y en 1912 se hacía lo propio con *Las reglas del método sociológico*, por el editor madrileño Daniel Jorro; en los años de la Primera Guerra Mundial, además, se conocían en España en el calor de la pugna entre aliadófilos y germanófilos las posiciones del sociólogo acerca de la confrontación (*Alemania por encima de todo: la mentalidad alemana y la guerra*, en 1915); en el transcurso de los años veinte, en fin, iban a traducirse textos fundamentales del autor como *El suicidio y La división del trabajo social* (ambas en 1928) traduciendo esta última obra un Posada que se estaba preocupando en estos años —junto con algunos otros autores— por la difusión en España de los principios de la Organización Científica del Trabajo. Nada tiene de extraño por tanto que, en este contexto, hubiese empezado a propagarse en los ámbitos especializados una terminología científica rigurosa, relacionada con el ámbito de unas ciencias sociales emergentes y con un estatus epistemológico cada vez más firme. Cuando Adolfo Posada, excelente conocedor y colaborador estrecho de Durkheim, usaba el término *sociabilidad* en *Socialismo y reforma social* (1903) lo hacía, en consecuencia, en un contexto cuyas diferencias eran evidentes con lo que había venido siendo norma a lo largo del siglo XIX¹⁸.

En cuanto a la revalorización de los procesos de la interacción a escala microsociológica a partir de obras como la de Simmel, podrían decirse cosas bien parecidas. Y es que tampoco había sido éste un desconocido para la literatura especializada en castellano; la atenta vigilancia sociológica de Posada ya había

18. Sobre la participación de Posada en la definición disciplinar de la sociología española, y sobre su intensa participación en *La España Moderna* o *La Lectura*, puede verse el clásico trabajo de LAPORTA, Francisco J.: *Adolfo Posada: Política y sociología en la crisis del liberalismo español*. Madrid: Cuadernos para el Diálogo, 1974, o el de URÍA, J.: «Posada, el Grupo de Oviedo y la percepción del conflicto social». En URÍA, J. (Coord.): *Institucionismo y reforma social en España: el grupo de Oviedo*. Madrid: Talosa, 2000. Véase también POSADA, A.: *Literatura y problemas de sociología*. Madrid: Antonio López, 1902; y del mismo autor *Socialismo y reforma social*. Madrid: Fernando Fé, 1904, p. 384. Sobre la difusión en España de la Organización Científica del Trabajo, *vid.* CASTILLO, J. J.: «¿Ha habido en España organizadores de la producción? (Entre dos congresos de ingeniería, 1919-1950)». En: CASTILLO, S. (coord.): *El trabajo a través de la historia*. Madrid: UGT, 1996.

reparado en su obra desde finales del XIX al tiempo que, avanzado el siglo, se procedía a editar en Madrid¹⁹ *Schopenhauer y Nietzsche* por el editor Francisco Beltrán. Se adelantaba así una fase, la de los años veinte y treinta, que se iba a caracterizar por ser especialmente fructífera en este terreno, y que venía a coincidir con un periodo de notoria influencia del autor en ámbitos como el de la Universidad de Chicago, donde estaban formándose sociólogos como Herbert Blumer. Fue en esos años cuando grupos editoriales como el de *La Revista de Occidente* procedieron a editar algunas de sus obras fundamentales. En la década de los veinte aparecían algunos de sus conocidos estudios de la vida cotidiana como la *Filosofía de la coquetería* o la *Filosofía de la moda*, obras tan conocidas como *El conflicto en la cultura moderna*, o la monumental edición en seis volúmenes a cargo de la *Revista de Occidente* de sus *Estudios sobre las formas de socialización*²⁰. En los años cuarenta y cincuenta, en todo caso, serían las ediciones argentinas las que tomarían el relevo del interés por Simmel, mientras que desde la Península apenas si daba muestras de actividad en este terreno, otra vez, una *Revista de Occidente* que de la mano de Fernando Vela continuó con su labor de traducciones centradas ahora en un tema muy propio de las preocupaciones orteguianas del momento y, en concreto, el de la filosofía de la historia²¹.

El conocimiento de las bases sociológicas de la sociabilidad, aunque frecuentemente percibidas y reflexionadas desde una óptica filosófica y especulativa, no fue en consecuencia un problema mayor en el contexto de la bibliografía y los debates cotidianos en las ciencias sociales en España. Se está al tanto, por el contrario, de los avances que se estaban produciendo en el campo sociológico en estos terrenos. El de Gurvitch es, en este sentido, un ejemplo bastante ilustrativo de cuanto se está diciendo; favorecido por un clima intelectualmente propicio entre los círculos de la oposición cultural al franquismo, su atención por fenómenos como el del pensamiento sociológico de algunos socialistas utópicos franceses, o la atención por la obra de Marx, la dialéctica marxista o la sociología de las clases sociales, sus escritos iban a tener una amplia repercusión en las décadas de los sesenta y setenta. En lo que a la sociabilidad se refiere, incluso, iban a circular por España muy pronto traducciones de sus trabajos primerizos sobre el tema, servidos desde la bonaerense Losada, y recién iniciados los años cuarenta; se trataba de trabajos que trasladaban

19. POSADA, Adolfo: *Literatura y problemas de...*, op. cit.; en la p. 54, por ejemplo, donde se reproduce uno de sus estados de la cuestión sobre la literatura sociológica internacional realizados por *La España Moderna* y correspondiente esta vez al año 1897, se incluye una de estas alusiones.

20. SIMMEL, Georg: *Filosofía de la coquetería; Filosofía de la moda; Lo masculino y lo femenino; y otros ensayos*. Madrid: Revista de Occidente, 1924; *El conflicto de la cultura moderna*. Córdoba, Argentina: Universidad Nacional de Córdoba, 1923; *Sociología. Estudios sobre las formas de socialización: la cantidad en los grupos sociales*. Madrid: Revista de Occidente, 1926-27, 6 vols. En los años treinta, por otra parte, se reeditarían colecciones de ensayos suyos desde Madrid, a cargo de la Revista de Occidente, o de Espasa-Calpe desde Buenos Aires; en este último caso ya en 1938.

21. SIMMEL, G.: *Problemas de filosofía de la historia*. Buenos Aires: Nova, 1946; *Goethe*. Buenos Aires: Nova, 1943; *Intuición de la vida: cuatro capítulos de metafísica*. Buenos Aires: Nova, 1950; *Rembrandt: ensayo de filosofía del arte*. Buenos Aires: Nova, 1950; *El problema religioso*. Buenos Aires: Argos, 1953.

sus preocupaciones en torno a la temática de pocos años antes, y que habían dado lugar a algunos artículos en revistas especializadas y propias del ámbito sociológico o el de la sociología jurídica²².

4. LA SOCIABILIDAD INFORMAL Y EL CONTEMPORANEÍSMO ESPAÑOL

El conocimiento de la noción de sociabilidad fue, en consecuencia y a tenor de datos como éstos, el suficiente y hay que insistir en que nunca constituyó, de hecho, un problema a considerar en el ámbito cultural español. Y dado que el vigor de los aspectos más *informales* de sus manifestaciones adquiriría un perfil epistemológico lo suficientemente vigoroso en esta literatura, según y como ya se ha visto, la razón por la que finalmente estas cuestiones no adquirieron un desarrollo más rápido en cuanto a su tratamiento historiográfico hay que ponerla en relación con otros fenómenos. Dejando ahora a un lado el hecho cierto de un arraigo académico de la sociología que ha sido en España tradicionalmente problemático²³, la tardía presencia en la historiografía de esta noción de las ciencias sociales puede conectarse, quizá, con la percepción por una parte de los historiadores sociales españoles del momento de que su introducción en los estudios históricos podía suponer una operación sustitutiva de la lógica de la lucha de clases en la evolución histórica. En palabras de J. Maurice, parecía «que los exponentes de la historia obrera perciben la sociabilidad como una noción aséptica cuyo empleo tendería inevitablemente a borrar los signos distintivos de la identidad obrera»²⁴. De todos modos, las cautelas tenidas con la noción de la sociabilidad en general siguen sin explicar por qué una vez arraigado su estudio siguieron marginándose sus aspectos informales. Y no hay duda de que tal orientación tiene que ver con la vía concreta de acceso a través de la que se difundió su empleo en España y que se relaciona, como es bien sabido, con un hispanismo francés mucho más atento a los ámbitos del asociacionismo y la sociabilidad organizada, como ya se ha dicho, que con el complejo y multiforme universo de la sociabilidad espontánea.

Sea como fuere, el escaso calado de la reflexión sobre la sociabilidad informal no hay duda de que ha influido en el limitado desarrollo del estudio historiográfico sobre los espacios o escenarios en los que se desarrolla. Entre otras cosas

22. GURVITCH, G.: *Tratado de sociología*. Buenos Aires: Kapelusz, 1965; *Sociología del siglo XX*. Barcelona: El Ateneo, 1956; *Las formas de sociabilidad*. Buenos Aires: Losada, 1941. Véanse también sus artículos anteriores «Analyse critique de quelques classifications des formes de la sociabilité», *Archives de philosophie du droit et de sociologie juridique*, 3-4, 1935, y «Essai d'une classification pluraliste des formes de la sociabilité», *Annales sociologiques*, 1937, citados estos últimos por Jean-Louis GUEREÑA en «La sociabilidad en la España...» *op. cit.*

23. ORTÍ, Alfonso: «De la guerra civil a la transición democrática: resurgimiento y reinstitucionalización de la sociología en España». En: *I Congreso de sociología. Nuestra sociología hoy*. Zaragoza: Asociación Aragonesa de Sociología, 1981.

24. MAURICE, J.: «Propuestas para una historia...», *op. cit.*, p. 134.

porque un despliegue mayor de investigaciones sobre la sociabilidad informal, debido a su dificultad intrínseca y a la escasa elocuencia de las fuentes para su estudio, hubiese requerido necesariamente de una reflexión más pausada sobre los lugares donde habitualmente tiene cabida el análisis; el análisis de planos, fotografías, pinturas y grabados, en tanto que símbolos o *signos* indiciarios del fenómeno, y que materializarían en un escenario físico la intangibilidad de la sociabilidad informal, vendría a ser así un mecanismo insustituible para su conocimiento sin excluir, como es lógico, el tradicional recurso a otras evidencias documentales o literarias. Resulta interesante advertir, en esta perspectiva, cómo el propio término semántico de *espacio* ha sido utilizado en la historiografía española, y muy especialmente en el sector del hispanismo francés, mucho más como una metáfora —se habla del *espacio* asociativo, por ejemplo— que como una evidencia física, territorial y relacionada con lugares definidos en términos tangibles. El espacio en esta perspectiva deviene en *ámbito* —en el sentido de conjunto de cuestiones, problemas o manifestaciones de un conjunto disciplinar dado— o mucho mejor aún, en *campo semiótico*, en tanto que repertorio de investigaciones o de temas que obedecen a un modelo o parámetro común, tal y como puede aparecer en interpretaciones como la de Umberto Eco; es de notar, sin embargo, que el conjunto historiográfico al que se está haciendo referencia está ayuno de cualquier sugerencia o precisión teórica que apunte en esta dirección semiótica y que, por tanto, un uso del término de «espacio» con estas últimas connotaciones en esas obras sería, en el mejor de los casos, meramente intuitivo²⁵.

Una dedicación historiográfica de mayor intensidad en cuanto al estudio de los niveles «espontáneos» o «informales» de la sociabilidad hubiese requerido una mayor atención hacia sus escenarios habituales. No hubiese sido posible centrarse en un análisis de este tipo, desde luego, sin acabar orientándose hacia lugares como la taberna, la plaza, el patio o el teatro, por poner unos pocos ejemplos; y, por supuesto, sin reflexionar mínimamente acerca de en qué medida esos escenarios determinan o influyen, de uno u otro modo, en la cristalización en esos lugares —y no en otros— de estas manifestaciones de la sociabilidad. Las indicaciones intuitivas de Agulhon, en este terreno, supieron calibrar muy bien estas posibilidades; aun cuando, otra vez, estas sugerencias hayan sido secundadas en muy escasa medida por el contemporaneísmo español. El autor, enfrentado a mediados de los años setenta al reto de intentar una clasificación de las formas de sociabilidad informal, decía algo que nos viene aquí muy a cuento:

25. GUERENA, Jean-Louis: «L'espace associatif dans l'Espagne de la Restauration». En: CARRASCO, R. (ed.): *Solidarités et sociabilités en Espagne (XVIIe-XXe siècles)*. Paris: Annales Littéraires de l'Université de Beçançon, 1991. Véase también la definición de ámbito en el *Diccionario de la Lengua Española*, de la Real Academia Española, en la edición en Madrid, de 1984 (vol. I, p. 83, 3.ª acepción). Eco, Umberto: *La estructura ausente. Introducción a la semiótica*. Barcelona: Lumen, 1968, esp. pp. 13-27; más en particular las pp. 24-25, dedicadas a un sucinto apunte sobre los «Códigos culturales» y sus manifestaciones a través de los «Modelos de organización social».

Cette sociabilité populaire informelle, comment la subdiviser à son tour étant donné qu'elle ne rédige pas de status, donc qu'elle n'a pas à signifier d'intentions particulières de buts? Il me paraîtrait artificiel d'introduire les buts, parce que ce serait prendre trop de risques d'apriorisme. Je me demande, c'est une proposition bien entendu (le travail ici présente est un chantier ouvert, je le répète) si on ne peut pas classer tout simplement par lieux de réunion.

C'est important la question du lieu. Pour qu'un groupe existe avec une certaine constance, il faut de la place, de l'espace. Pour la sociabilité aristocratique et bourgeoise, le problème du lieu ne se pose guère. Je l'ai dit plus aut, la forme aristocratique traditionnelle, la forme ancienne, mondaine, de la vie de réunion c'est la vie de salon, donc fixée en un lieu d'habitation privé, dans un domicile de famille [...] le problème du lieu pour l'associationnisme populaire est différent parce que l'homme du peuple est généralement sinon misérable en tout cas pauvre et souvent petitement logé; évidemment on es conduit à penser que la sociabilité populaire sera dirigée plutôt vers le lieu public²⁶.

La cita de M. Agulhon, pese a ilustrar la potencialidad que la noción de sociabilidad pudiera encerrar para el análisis de los espacios, no debiera de justificar excesivos optimismos en este terreno. Lo cierto es que para acometer de manera cabal un análisis solvente del espacio o de los *lugares* de la sociabilidad, en tanto que realidades esencialmente sociales, probablemente debiera de partirse de una mayor humildad teórica; definitivamente está claro que los historiadores de la sociabilidad pueden exhibir un patrimonio más bien menguado en estos terrenos, y que, en consecuencia, la necesidad de recurrir a otras disciplinas y abrir un diálogo franco con ellas constituye una necesidad imperiosa e inaplazable.

Desde luego, las páginas que siguen no pretenden ofrecer ningún estado de la cuestión sistemático acerca de las posibilidades, inmensas evidentemente, que abriga este proyecto de conversación transdisciplinar. Más bien se trata de sugerir algunas vías de exploración capaces, en principio, de sugerir nuevas interpretaciones o, simplemente, de recuperar o incorporar a los sistemas de lectura historiográfica más normativos procedimientos que, en rigor, hace tiempo que son conocidos en otros campos.

5. EL ANÁLISIS ESPACIAL EN LA HISTORIOGRAFÍA FRANCESA. ALGUNAS REFLEXIONES RECIENTES

Para empezar, quizá no sea enteramente superfluo encarecer una lectura más atenta y, sobre todo, *directa* de tradiciones historiográficas distintas a la nuestra y que, debido a su volumen y empuje, atesoran a menudo tendencias o recovecos temáticos no siempre advertidos a primera vista. Efectivamente nuestra panorámica de historiografías como la francesa o la anglosajona suele ser de un carácter

26. AGULHON M.: «Sociabilité populaire...», *op. cit.*, p 84.

intermediado, alimentada con los «estados de la cuestión» o los balances historiográficos de rigor o, muy a menudo, influida en demasía por los derroteros concretos por los que transita en ese momento el hispanismo que nos es más próximo. De todos modos, y pese a lo que pudiera pensarse a tenor de testimonios como éstos, es preciso insistir en que el tratamiento historiográfico del espacio constituye hoy por hoy en estas historiografías un territorio conocido y con un caudal de investigaciones estimables.

La herencia que acopia la historiografía francesa en este terreno es, efectivamente, tan densa como respetable. Arrancando de una trayectoria dilatada de constante diálogo entre la historia y unos estudios geográficos de sólida implantación, y contando con antecedentes tan brillantes como puedan serlo los de Fernand Braudel y su análisis del *Mediterráneo*, se puede explicar una investigación histórica que ha sido capaz de alcanzar resultados muy solventes en el análisis espacial. Es el caso, desde luego, de una historia de la ecología o del entorno físico cuyos resultados contrastan con el estado, más discreto, de la historiografía española en este terreno. Estudios como los de Bertrand sobre la ecología de la Francia rural, la serie de trabajos de Dion, Lachiver o Garrier sobre los espacios de la viña y las culturas del vino, o los de Corvol, entre otros, sobre los bosques franceses son buena muestra de los resultados de una prospección histórica que ha alcanzado un considerable desarrollo en este terreno²⁷. El entorno medioambiental, efectivamente, deviene en espacio socialmente activo y en terreno propicio a los contactos interpersonales, sobre todo a partir del desarrollo de una nueva mentalidad frente a la naturaleza que propiciará, por ejemplo, avanzado ya el siglo XIX, toda una eclosión de sociedades excursionistas o de clubs de caza o pesca; pero los análisis sobre el entorno urbano encierran muchas más posibilidades en este terreno. Y el patrimonio a exhibir en este particular por la historiografía francesa, no hay que insistir en ello, vuelve a ser de considerable calado; baste para recordarlo la existencia de síntesis tan acabadas como la de Lepetit sobre las ciudades en la Francia moderna, cuya exhaustiva bibliografía constituye, en sí misma, un excelente recordatorio de la diversidad temática y del desarrollo que han alcanzado estos estudios en Francia²⁸.

27. BERTRAND, G.: «Pour une histoire écologique de la France rurale». En: DUBY, G. (ed.): *Histoire de la France Rurale*, vol. I. Paris: Seuil, 1975. DION, R.: *Histoire de la vigne et du vin en France des origines au XIX siècle*. Paris: s. n., 1959. LACHIVER, M.: *Vins, vignes et vigneronns. Histoire du vignoble français*. Paris: Fayard, 1988. GARRIER, G.: *Histoire sociale et culturelle du vin*. Paris: Bordas, 1996. CORVOL, A.: *L'homme et l'arbre dans l'Ancien Régime*. Paris: Economica, 1984. WORONOFF, D. y VOVELLE, M. (eds.): *Révolution et espaces forestiers*. Paris: L'Harmatan, 1988. Para el caso español, y en lo que a la historia de la ecología se refiere, pudieran citarse, entre otros trabajos, el de CASADO DE OTAOLA, Santos: *Los primeros pasos de la ecología en España*. Madrid: Organismo Autónomo Parques Nacionales, 2000 y el de MASJUAN, E.: *La ecología humana en el anarquismo ibérico. Urbanismo «orgánico» o ecológico, neomalthusianismo y naturismo social*. Madrid: Ed. Icaria, 2000.

28. LEPETIT, B.: *Les villes dans la France Moderne (1750-1830)*. Paris: Albin Michel, 1988. A diferencia de lo sucedido con los estudios sobre historia medioambiental, apenas esbozada en nuestro país, el urbanismo cuenta aquí con una tradición mucho más solvente; un excelente ejemplo de ello en el trabajo de DE TERÁN, Fernando: *Historia del urbanismo en España III. Siglos XIX y XX*. Madrid: Cátedra, 1999.

En estrecha relación con estas investigaciones sobre el medio urbano hay que situar, precisamente, todo un conjunto de trabajos sobre la casa y el domicilio que, es forzoso resaltarlo, no sólo constituyen un territorio de privacidad y de ejercicio de aislamiento individualista dentro de la sociedad burguesa del XIX, sino también privilegiados espacios de relación social y de contacto interpersonal en lugares tan emblemáticos como los salones o comedores, o las mismas cocinas. Los estudios desde esta perspectiva han avanzado bastante en los últimos tiempos, y prueba de ello son las sugerentes indagaciones sobre la evolución de la estructura y funcionalidad social de los domicilios franceses —especialmente en el caso de París— a cargo de Eleb-Vidal y Debarre-Blanchard, o las centradas en la casa rústica a cargo de Cuisenier; un terreno este último para el que de todos modos se contaba con estudios de tiempo antes a cargo de historiadores del relieve de Albert Soboul o de Pierre Chaunu. La investigación sobre lugares de relación de carácter público como el del café, en cambio, ha sido menos activa por parte de los historiadores de la sociabilidad y no hay que considerar su tratamiento, en este sentido, una cuestión que requiera de un especial encarecimiento en lo que al diálogo con otros sectores de la historiografía se refiere; con todo, es obvia la presencia de trabajos no siempre emprendidos exclusivamente desde esta última perspectiva metodológica, como el de Dallemagne sobre los cuarteles franceses, que de todos modos son aprovechados por los propios historiadores de la sociabilidad incorporándolos a su propia perspectiva²⁹. Ahora bien, si en el tratamiento histórico de la evolución espacial del domicilio es evidente el cuidado con que se tratan las grandes y prestigiosas mansiones burguesas, no por ello se ha descuidado el espacio de las edificaciones populares y su entorno como demuestran estudios como el de Verret sobre el espacio obrero, o el más antiguo de Guérand sobre la vivienda social en Francia³⁰.

29. ELEB-VIDAL, M. y DEBARRE-BLANCHARD, A.: *Architectures de la vie privée. Maisons et mentalités. XVIIe-XIXe siècle*. Bruxelles: Archives d'Architecture Moderne, 1989; también el segundo volumen de la serie *L'invention de l'habitation moderne. Paris 1880-1914*. Paris: Hazan, 1995. CUISENIER, J.: *La maison rustique, logique sociale et composition architecturale*. Paris: PUF, 1991. SOBOUL, A.: *La maison rurale*. Paris: Comité des Travaux Historiques et Scientifiques, 1955. CHAUNU, P. (ed.): *Le bâtiment. Enquête d'histoire économique (XIVe-XIXe siècle)*. Paris: École des Hautes Études en Sciences Sociales, 1971. DALLEMAGNE, D.: *Les casernes françaises*. Paris: Picard, 1990.

30. MEROT, A.: *Demeures mondaines*. Paris: Le Promenan, 1990. VERRÉT, M.: *L'ouvrier français, t. I, L'Espace ouvrier*. Paris: Amand Colin, 1979. GUERRAND, R.-H.: *Les origines du logement social en France*. Paris: Les éditions ouvrières, 1967. La historia de los espacios domésticos y de la vivienda en general está más descuidada en España; cabe citar, sin embargo, algunas monografías sobre palacios y grandes casas, más ocupadas en general en la buena fotografía que en el cuidado analítico, sobre el particular, véase Uría, J.: «Los lugares de la sociabilidad. Espacios, costumbres y conflicto social». En: CASTILLO, S. y FERNÁNDEZ, R. (eds.): *Historia social y ciencias sociales*. Lérida: Milenio, 2001. La casa popular, a su vez, cuenta con bastantes monografías hechas desde la perspectiva de la antropología, aunque escasas visiones de conjunto; siguen siendo de utilidad, ello no obstante, los trabajos clásicos de GARCÍA MERCADAL, F.: *La casa popular en España*. Reed. en Barcelona: Gustavo Gili, 1981, y de TORRES BÁLBÁS, L.: «La vivienda popular en España». En: CARRERAS CANDI, F. (dir.): *Arquitectura popular en España*, t. III. Barcelona: Alberto Martín, 1988, además de trabajos como el de CARO BAROJA, J. (dir.): *Arquitectura popular en España*. Madrid: CSIC, 1990. Existe además una buena selección de monografías sobre la vivienda obrera, entre las que cabría citar, entre otros, los trabajos de QUIRÓS

Algunos de los trabajos que se están citando, aparte de incorporar un claro análisis social de la especialidad, son deudores también de otras perspectivas; la de la historia de la *vida privada*, por ejemplo, en el caso de Eleb-Vidal, o la de una historia del consumo y de los equipamientos domésticos o públicos que ha avanzado también bastante en las dos últimas décadas. Ejemplos eminentes de este entrecruzamiento de perspectivas pueden ser investigaciones tan sorprendentes como el estudio de Roger-Henri Guerrand sobre las letrinas; un divertido relato tanto de la represión y del control social sobre el cuerpo, como de los equipamientos sanitarios individuales y domésticos, o colectivos y públicos, y que resulta particularmente ilustrativa en el caso de los urinarios públicos; aunque también buenos estudios de historia del consumo como el ofrecido en la síntesis de Daniel Roche, con fructíferas reflexiones sobre los cambios en las relaciones sociales con el medio natural, las ciudades y sus espacios de consumo o el ámbito de los equipamientos domésticos. Son ejemplos como éstos los que permiten construir síntesis como la del volumen dedicado a la sociedad burguesa en la *Historia de la vida privada* coordinada por Ariès y Duby, con partes dedicadas al análisis espacial que saben sacar partido de estudios monográficos como los anteriores³¹. La historiografía de la *vida privada*, sin embargo, se combina con otras indagaciones en trabajos de tanta originalidad como los de Alain Corbin, algunas de cuyas investigaciones delimitan la historia de geografías como las de la playa, en su libro sobre *El territorio del vacío*, o los espacios abarcados por sensaciones olfativas o sonoras que, como en el caso de los sonidos de las campanas, delimitan territorios con evidentes implicaciones con la sociedad y la cultura de toda una época³².

LINARES, F.: «Pacios, corrales y ciudadelas. Notas sobre la vivienda obrera en España», *Eria*, 3, 1982; DELGADO VIÑAS, C.: «El problema de la vivienda obrera en las ciudades españolas (Burgos, 1850-1936)», *Eria*, 8, 1985; BLAT, Juan: *Vivienda obrera y crecimiento urbano*. Valencia: Generalitat, 2000; Díez DE BALDEÓN, C.: «Apuntes sobre el problema de la vivienda obrera en Madrid en la segunda mitad del siglo XIX», *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, 17, 1980; VALENZUELA RUBIO, M.: «Las sociedades constructoras benéficas, una respuesta paternalista al problema de la vivienda obrera. Su incidencia en la configuración de la periferia madrileña (1875-1921)», *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, 20, 1983; RUBIO DÍAZ, A.: *Viviendas unifamiliares contra corralones: el barrio obrero de Huelín (Málaga, 1868-1900)*. Málaga: Miramar, 1996; PIÑERA, L.-M.: *Ciudadelas, patios, callejones y otras formas similares de vida obrera en Gijón (1860-1960)*. Gijón: Ayuntamiento, 1997; MORALES PADRÓN, F.: *Los corrales de vecinos en Sevilla*. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Sevilla, 1987; PÉREZ CASTROVIEJO, P.: «Vivienda obrera y primeros negocios inmobiliarios en la zona industrial de Vizcaya», *Historia social*, 27, 1997; CAMPOS MARÍN, R.: «Casas para obreros. Un aspecto de la lucha antialcohólica en España durante la Restauración», *Dynamis*, 14, 1994; URRUTIA, V.: «La ideología higienista y la vivienda en Bilbao a comienzos del siglo XX», *Cuadernos de Sección, Historia, Geografía*, 21, 1993.

31. GUERRAND, Roger-Henri: *Les Lieux, Histoire des commodités*. Paris: La Découverte, 1985; Ed. Esp.: *Las letrinas. Historia de la higiene urbana*. Valencia: Edicions Alfons el Magnànim, 1988. ROCHE, Daniel: *Histoire des choses banales. Naissance de la consommation XVIIe-XIX siècle*. Paris: Fayard, 1997.

32. CORBIN, A.: *El territorio del vacío. Occidente y la invención de la playa (1750-1840)*. Barcelona: Mondadori, 1993; *El perfume o el miasma: el olfato y lo imaginario social. Siglos XVIII y XIX*. México: FCE, 1987; *Les cloches de la terre: paysage sonore et culturelle sensible dans les campagnes au XIXe siècle*. Paris: Flammarion, 1994.

Buena parte de los avances en la investigación histórica a los que se está haciendo referencia se han localizado, en cualquier caso, en las dos últimas décadas. Y no sólo esta cronología es aplicable a los estudios que, de un modo no siempre directo, han hecho referencia al proceso de construcción social de los espacios; la temática, de hecho, adquiere en sí misma estatus de objeto directo y eminente de investigación historiográfica en unos cuantos casos que conviene resaltar debido a su interés a nuestros efectos. El primero de ellos lo constituye la revista *Annales*, un observatorio cuya importancia en la actividad historiográfica francesa no necesita ser subrayada. Efectivamente en el transcurso de los años 80 y 90 la publicación ha sido responsable de dos monográficos dedicados a ello y ubicados respectivamente en 1986 y 1997; la persistencia de la atención sobre el espacio como sujeto histórico, de todos modos, es de destacar que se produzca inserta en un contexto muy preciso. En el respeto por una tradición historiográfica, en primer lugar, a la que los nuevos historiadores del espacio se ensamblan sin ninguna estridencia; significativamente el número de 1986 de *Annales* comienza con un prefacio de Bernard Lepetit, en donde se rinde un homenaje a Braudel y su *Mediterráneo*. Pero además, y en segundo lugar, esa preocupación por los espacios ha sabido permanecer insertada en un contexto cuyas variaciones dentro de la historiografía francesa, y pese a la notoria continuidad de sus tradiciones, han sido importantes. Como ha sido resalado por Isabelle Laboulais-Lesage ese contexto, del que se impregna la metodología del tratamiento historiográfico del espacio, ha conocido en ese lapso de tiempo variaciones significativas en el subtítulo de *Annales* —que muda de *Economies, Sociétés, Civilisations* a *Histoire et Sciences Sociales*— a la vez que resultaba afectada por corrientes como la microhistoria, la historia de las representaciones o la historia sociocultural; métodos como el del análisis económico o el geográfico además de las perspectivas anteriormente descritas³³. No se trataba de un indicio pasajero de interés por estos temas; el mercado editorial sin duda también estaba atento ante estas cuestiones, e indicio de ello sería la publicación en 1986, al mismo tiempo que el primero de los números de *Annales* a los que se hacía referencia de un volumen dirigido por Auriac y Brunet, sobre *Espaces, Jeux et Enjeux* en el que aparecía un significativo ensayo de Bourdelais y Lepetit sobre «Histoire et Espace» en el que se hacía un repaso sistemático a los diferentes usos que los historiadores habían hecho de las categorías espaciales. En el año 2000, finalmente, se publicaba un útil y a la vez revelador conjunto de estudios historiográficos sobre *Les espaces*

33. *Annales, Économies, Sociétés, Civilisations*, 41, 1986; *Annales. Histoire et Sciences Sociales*, 52, 1997; LABOULAIS-LESAGE, Isabelle: «Les historiens français et les formes spatiales: questionnements et manières de faire (1986-1998)». En: WAQUET, J.-C.; GOERG, O. y ROGERS, R. (eds.): *Les espaces de l'historien*. Strasbourg: Presses Universitaires de Strasbourg, 2000. Sobre los cambios historiográficos en esa fase, véase el «Préface» de J. LE GOFF y N. ROUSSELLIER al libro coordinado por BÉDARIDA, F.: *L'histoire et le métier d'historien en France 1945-1995*. Paris: Maison des Sciences de l'homme, 1995.

de l'historien, que retrataba en una visión sistemática lo mucho que se había avanzado en este terreno en el país vecino³⁴.

6. EL ÁMBITO ANGLO-NORTEAMERICANO

Tampoco la historiografía anglosajona se ha mantenido ajena, como ya se habrá adivinado, al análisis espacial desde una perspectiva histórica. Un buen indicio del interés creciente que suscita esta temática puede constituirlo la reciente publicación de un suplemento especial de la prestigiosa *Internacional Review of Social History* dedicado a nuevos métodos para la historia social, y en el que la importancia de las vertientes espaciales para la metodología histórica es realzada con un artículo especialmente destacable a nuestros efectos; se trata del trabajo de Glenn Deane, E. M. Beck y Stewart E. Tolnay, y que constituye una reivindicación en toda regla de la incorporación del espacio a la historia social. El conjunto de trabajos en que se inserta esta contribución, hay que resaltarlos, participa de un propósito común en cuanto a los métodos de la historia social; se trata, tal y como se explica en la introducción, de reivindicar la validez de un conjunto de métodos o perspectivas cualitativas de otras ciencias sociales inexplorados o infravalorados todavía por la investigación histórica, y que se formula desde una intención de diálogo constante con el método sociológico cuya utilidad es subrayada desde el principio aun cuando se reconozcan las dificultades que lo han caracterizado históricamente³⁵. Los autores de esta contribución informan cumplidamente de los esquemas cualitativos y los sistemas de representación propios de los *spatial-effects models*, que permiten una plasmación gráfica de los modelos de expansión en el tiempo y en el espacio de comportamientos sociales como los de los linchamientos en los estados sureños de los Estados Unidos de América, entre 1890 y 1919, o el declive en la adhesión a las distintas confesiones religiosas estadounidenses en el periodo contemporáneo. A partir de las condiciones sociales, económicas, demográficas o políticas propias de una región determinada, los distintos procesos de difusión de determinados comportamientos sociales pretenden insertarse en modelos o tipos preestablecidos de difusión rápida, o «epidémicos», o de propagación mucho más lenta o tendencialmente

34. WAQUET, J.-C.; GOERG, O. y ROGERS, R. (eds.): *op. cit.* El volumen se dividía en dos partes bien diferenciadas. En la primera se daba un repaso a las nociones espaciales manejadas en el medievismo europeo o en la historiografía francesa en general, a la vez que se examinaba su comportamiento en casos como el de la revista *Past & Present*, las visiones sobre el espacio africano desde Francia, o desde el propio territorio africano, o las exhibidas en los temas de concurso en las pruebas para la *agrégation* de historia desde 1933. En la segunda se incluían, como en la primera, trabajos de varios autores dedicados ahora al espacio doméstico y al espacio urbano, y en donde se entremezclaba el análisis espacial, entre otras cosas, con la historia del género (trabajos de A. Debarre y de R. Rogers) con la historia de la arquitectura (trabajos de L. Baridon y de S. Steudler) o con la dimensión de las desigualdades de clase evidenciadas en la trama urbana (C. Selimanovski).

35. GRIFFIN, Larry J. y VAN DER LINDEN, Marcel: «Introduction». En: GRIFFIN, Larry J. y VAN DER LINDEN, Marcel (eds.): *New Methods for Social History*. Cambridge: Cambridge University Press, 1999, pp. 3-8.

estática que acaban limitando su influencia a los ámbitos locales de acuerdo con el tipo del «efecto de rebosamiento»³⁶.

El discurso de Deane, Beck y Tolney, independientemente de su tono de denuncia en cuanto a la marginación de los espacios y los escenarios de los argumentos propios de la historia social, representa, por tanto, un ejemplo peculiar de búsqueda de formalización y rigor en la construcción de modelos en el análisis espacial que no es muy común. Las conexiones son aquí evidentes con el aparato metodológico y la intención sociológica; y ello explica el hincapié en la búsqueda del rigor, la exactitud o la sujeción a patrones preestablecidos de los comportamientos sociales; y eventualmente, de su predicción o de la evaluación de hábitos sociales colectivos de carácter *potencial* y no llevados al terreno de los hechos, como demuestran sus análisis de los linchamientos o de los comportamientos religiosos. Lo radical de estos planteamientos coexiste, en todo caso, con un interés por explicar históricamente los fenómenos espaciales que arranca también de la sólida tradición académica anglosajona; y, en concreto, de los ámbitos de la propia historiografía o del análisis geográfico.

La temática espacial, aunque sin adquirir un relieve como tal y sin generar discursos especialmente llamativos en el terreno de su reivindicación como tema específico, cuenta con estudios parciales significativos. En torno a temas como el de la vivienda, por ejemplo, se dispone de espléndidas investigaciones como los conocidos trabajos de Ralph Dutton y, sobre todo, Mark Girouard sobre las casas campestres británicas, o los detallados estudios sobre sus interiores y su funcionalidad social, ejemplo de lo cual puede ser la monografía de John Gloag sobre la historia social del mobiliario³⁷. La solvencia de estos trabajos ha permitido a estos historiadores, ciertamente, la incursión en temáticas que desbordan los ámbitos de la cultura anglosajona, para explorar el espacio y la vida cotidiana en los castillos franceses, en monografías tan cuidadas y medidas como la que el propio Girouard dedicó a estas cuestiones, y ofrecernos visiones de conjunto tan brillantes como la conocida obra de Witold Rybczynski sobre *La casa. Historia de una idea*³⁸. La vivienda popular, a su vez, cuenta con un copioso material de investigación exhibido en revistas de historia, o en publicaciones de geógrafos o historiadores de la economía, y que ha sido capaz de alumbrar obras de conjunto

36. DEANE, Glenn; BECK, E. M. y TOLNAY, Stevart E.: «Incorporating Space into Social Histories: How Spatial Processes Operate and How We Observe Them». En: GRIFFIN, L. J. y VAN DER LINDEN, M.: *op. cit.*, pp. 57-80.

37. DUTTON, Ralph: *The victorian home*. Londres: Bracken Books, 1976; GIROUARD, M.: *The Victorian Country House*. London: Yale University Press, 1979; y *Life in the English Contry House*. New Haven: Yale U. P., 1978; GLOAG, John: *A Social History of Furniture Design: From B.C. 1300 to A. C. 1960*. London: Cassel, 1966. La decoración interior también es tema tratado en la obra de THORNTON, Peter: *Authentic Decor: The Domestic Interior 1620-1920*. New York: Weidenfeld & Nicolson, 1984.

38. GIROUARD, M.: *Du moyen Âge à nos jours. La vie dans les châteaux français*. Paris: Scala, 2001; RYBCZYNSKI, Witold: *Home. A Short History o fan Idea*. New York: Penguin, 1986 (Ed. esp. Hondarribia: Nerea, 1989).

como la de Burnett, sobre la historia social de la vivienda, o la coordinada por Chapman, sobre los alojamientos de la clase obrera británica³⁹.

Los estudios sobre la casa popular, al igual que acerca de otros tipos de edificaciones y locales públicos como los pubs o los teatros, se imbrican estrechamente con las investigaciones sobre la historia urbana, un capítulo donde las realizaciones de la historiografía británica son sin duda muy firmes. La plana mayor de los historiadores británicos se ha involucrado, como es sabido, en una historia urbana que, en España, salvo incursiones ocasionales, ha venido siendo un terreno acotado sobre todo para los geógrafos. Obras de conjunto como la ya clásica de Asa Briggs sobre las ciudades victorianas caminan de la mano de monografías sobre ciudades como Londres, muy bien historiada, y que cuenta con un amplio elenco de trabajos que van desde la reciente y bien construida historia social de la ciudad, de Roy Porter, a la amena, aunque erudita divulgación de Peter Ackroyd. La existencia de un trabajo de base de esta naturaleza explica, de esta manera, la sólida urdimbre de investigaciones como las de Girouard sobre las ciudades británicas, o el sustantivo capítulo que se le dedica a Londres en la obra *The Cambridge Social History of Britain 1750-1950*. Pero también es obvio el calado teórico y la buena base que proporcionan a estos estudios la vecindad con la sociología, la geografía, el urbanismo y en general con una «teoría de las ciudades» de bastante influencia en ámbitos como el norteamericano, con obras tan influyentes como las de Lewis Mumford o Spiro Kostof, o el anglosajón en general, donde los planteamientos a este respecto de autores como Manuel Castells han tenido un peso explícito en historiadores como Roy Porter⁴⁰.

39. BURNETT, J.: *A Social History of Housing, 1815-1970*. Newton Abbot: David & Charles, 1978; CHAPMAN, S. D. (ed.): *The History of Working-Class Housing*. Newton Abbot: David & Charles, 1971. Una excelente selección bibliográfica y estado de la cuestión sobre el asunto en DAUNTON, M. J.: «Housing». En: THOMPSON, F. M. L.: *The Cambridge Social History of Britain 1750-1950*, vol. 2. Cambridge: Cambridge University Press, 1990, pp. 195-250.

40. BRIGGS, Asa: *Victorian Cities*. London: Penguin, 1990 (1.ª ed. 1963); PORTER, Roy: *London. A Social History*. London: Penguin, 2000; ACKROYD, Peter: *London. The Biography*. London: Vintage, 2000. Una excelente bibliografía comentada sobre la historiografía de la ciudad en la obra citada de R. PORTER, pp. 477-510. Naturalmente la historia sobre las ciudades norteamericanas corre pareja en cuanto a la calidad y el nivel de sugerencias que proporciona su historia urbana; recuérdense si no obras como la todavía útil de JACOBS, Jane: *The Death and Life of the Great American cities*. New York: Random House, 1961, o la del siempre sugerente RIBCYNSKI, W.: *City Life. Urban Expectations in a New World*. New York: Scribner, 1995. Visiones de conjunto sobre la historia urbana británica en GIROUARD, M.: *English Town: A History of Urban Life*. New Haven: Yale U. P., 1990, o en las partes correspondientes del vol. I («Regions and Communities») de *The Cambridge Social History of Britain 1750-1950*. Cambridge: Cambridge University Press, 1993, y en especial en el capítulo de GARSIDE, P. L.: «London and the Home Counties»; el volumen en todo caso también es una excelente introducción a la historia del medio rural y su evolución histórica. Véanse también las obras de MUNFORD, Lewis: *La ciudad en la historia. Sus orígenes, transformaciones y perspectivas*. Buenos Aires: Infinito, 1966. Y *La cultura de las ciudades*. Buenos Aires: Emecé, 1957; o KOSTOF, Spiro: *The City Shaped. Urban Patterns and Meanings Throug History*. London: Thames & Hulson, 1991. Un reconocimiento de la influencia de obras de CASTELLS como *La cuestión urbana*. México: Siglo XXI, 1971, en PORTER, R.: *London... op. cit.*, p. 480. Sobre locales públicos pudieran citarse, por poner dos ejemplos, la monografía de

Evidentemente, la simple mención de estos trabajos es capaz de ilustrar la persistencia de una línea de preocupación diáfana por los temas espaciales dentro de la historiografía académica más asentada dentro del mundo anglosajón. Como ya sabemos, sin embargo, los sectores historiográficos anglosajones más actuales tampoco son ajenos a las cuestiones espaciales. La aplicación de los *spatial-effects models* a la metodología de la historia social dista mucho, en efecto, de constituir una referencia aislada en este terreno. En el campo de los *cultural studies*, por ejemplo, sin duda uno de los sectores de mayor dinamismo en este terreno, la eclosión de indagaciones históricas en este campo es evidente. Un trabajo del profesor australiano Chris Barrer puede servir, a modo indicativo, de cuanto se está sosteniendo; su exposición de la teoría y la práctica de los estudios culturales va acompañada de un capítulo ilustrativo de uno de los ejes favoritos de la meditación espacial desde el punto de vista historiográfico y, en concreto, el dedicado al análisis de la relación entre el espacio cultural y los lugares urbanos. En esa cuestión el autor sabe, por cierto, engarzar sus desarrollos con la sólida tradición anterior de estudios sobre la ciudad que ya conocemos, a la par que con la introducción de preocupaciones más novedosas en este terreno como la economía simbólica de las ciudades o, en una línea interpretativa de corte semiótico, de un intento interpretativo de la ciudad como texto. Tales direcciones de investigación, muy imbricadas con la reflexión sociológica y a caballo entre el método semiótico y la preocupación por los espacios urbanos y su funcionalidad social en relación con categorías como la de clase, sexo, género, raza, etnicidad o colonialismo han estado muy presentes, por cierto, en un nuevo hispanismo británico que ofrece sin duda algunos ejemplos especialmente significativos en este terreno; y revistas como el *Journal of Spanish Cultural Studies* o el *International Journal of Iberian Studies* son sin duda buena prueba de ello⁴¹.

GIROUARD, M.: *Victorian Pubs*. London: Studio Vista, 1975; o las alusiones que se contienen en el excelente y clásico artículo de J. H. PLUMB, recientemente traducido al castellano en *Historia Social*, 41, 2001, «La mercantilización del ocio en la Inglaterra del siglo XVIII». Un ejemplo español de trabajo de historia urbana, a caballo entre la antropología, la sociología y la historia, es el realizado por el equipo coordinado por José M.^º Cardesín sobre la villa de Pontedeume; avance de sus resultados en CARDESÍN, J. M.^º: «Historia urbana de la villa de Pontedeume (1840-1988): Presentación de un proyecto de investigación», *Cátedra*, 6, 1999.

41. BAKER, Chris: *Cultural Studies. Theory and Practice*. London, 2000, esp. pp. 290-317, con páginas dedicadas al asunto en el capítulo «Cultural Space and Urban Place». Véanse también los artículos de LOPÉS BALSAS, Carlos J.: «Quality of Life and City Centre Comercial Activity: A Southern European Study», *International Journal of Iberian Studies*, 11, 2, 1998; SMITH, Carter E.: «The City as Political Metaphor: End-of-The-Century Constructions of Madrid», *International Journal of Iberian Studies*, 14, 2, 2001; MALIBREA, Mary Paz: «Urbanism, Culture and the Post-industrial City: Challenging the Barcelona model», *Journal of Spanish Cultural Studies*, 2, 2, 2001, o COMPITELLO, Malcolm Alan y LARSON, Susan: «Cities, culture... capital? Recent cultural studies approaches to Spain's cities», *Journal of Spanish Cultural Studies*, 2, 2, 2001.

7. LOS ESTUDIOS GEOGRÁFICOS. ALGUNAS LÍNEAS DE INDAGACIÓN ESPACIAL

La vinculación de todos estos estudios históricos con el desarrollo académico de algunas corrientes geográficas, tal y como se viene observando, es evidente; y ello no solamente en sus desarrollos temáticos más clásicos. En el capítulo de la geografía industrial, de este modo, aun cuando sea posible detectar como en casos anteriores corrientes bien asentadas y con una trayectoria anterior firme en el terreno académico, también pueden descubrirse tendencias más novedosas trabajando a caballo entre la metodología geográfica más afianzada y el interés temático por capítulos de tan acusada personalidad como el de la arqueología industrial. A este último respecto, y aun cuando en muchos casos la concreción de estas temáticas en el terreno de la investigación no rebase el nivel de un mero inventario de objetos o artefactos industriales, hay que destacar la existencia de tratamientos de singular utilidad para una historia social de los espacios o para el análisis de su capacidad para las manifestaciones de la sociabilidad o el contacto interpersonal. Quizá la revista *Milieux* constituya un interesante exponente en este sentido. Efectivamente, la publicación, acometida con el patrocinio del *Centre Culturel de Rencontre et de Recherche sur la Civilisation Industrielle*, o de instituciones como el *Ecomusée* de Le Creusot, constituye desde los años ochenta un interesante punto de encuentro entre los enfoques antropológicos, los de la historia del arte, la geografía o la sociología además de los propios de la arqueología industrial. Las temáticas abordadas, entre las que figuran además de otras muchas cosas la espacialidad de los hospitales decimonónicos, los pabellones de las Exposiciones universales, la simbología de los palacios de cristal o el mismo mobiliario doméstico, no son ajenos en este caso, además, a la noción de sociabilidad⁴².

Algunas de las direcciones de la geografía más recientes han proporcionado, por otra parte, modos de reflexión y temáticas cuya utilidad para el objeto de estas páginas tiene que ser resaltada. Y es que, si tradicionalmente esta disciplina tendía a construir su discurso a partir de la cartografía, los datos históricos convencionales o la documentación estadística habitual, desde hace unos años se ha tendido a superar esta visión «externa» para incorporar otros datos que permiten el análisis de las percepciones subjetivas de los individuos a partir de sus experiencias personales, sus prejuicios o predilecciones. El espacio, de esta manera,

42. PUYMÈGES, D.: «L'hôpital et la politique sociale patronale», *Milieux*, 2, 1980; GUERRAND, Roger-Henri: «La formation du mythe pavillonnaire», *Milieux*, 28, 1987; NAVAILLES, Jean-Pierre: «Le Palais de Cristal: vitrine de l'industrie en 1851», *Milieux*, 25, 1986; DELOCHE, B.: «Modèles, Types et variantes dans le mobilier domestique: essai de formalisation d'une démarche», *Milieux*, 15/16, 1983; PORTET, F.: «Les motards: Groupes d'âge et sociabilité au Creusot», *Milieux*, 6, 1981; MAUREL, C.: «Les batteuses, ces formidables pourvoyeuses de sociabilité rurale», *Milieux*, 18, 1984. De todos modos la pretensión de la geografía académica de constituir un discurso «objetivo» de explicación del espacio que forma nuestro entorno humanizado ha sido ampliamente discutida; como es sabido los trabajos de la revista *Herodote* desde los años setenta han venido mostrando que la geografía es concebida muy a menudo como una estrategia de dominación, hábil para ordenar la estructuración de los territorios en función de las necesidades del Estado o la subordinación imperialista.

de ser contemplado como una realidad absoluta y objetivable en representaciones cartográficas y perfectamente mensurables, pasa a ser un ingrediente que ha de ser examinado también desde las peculiares ópticas personales de sus agentes activos: las personas. El espacio relativo y el enfoque antropocéntrico pasan a ser así dos presupuestos básicos en esta manera de afrontar el método geográfico. Tras la coincidencia en los objetivos, sin embargo, se esconde una notable pluralidad de métodos y enfoques analíticos. Partiendo de antecedentes que arrancan de los años cuarenta, como la «geografía psicológica» francesa, algunos estudios del círculo de Chicago o las influencias de Sauer, la escuela de Berkeley y Wright, cuando se empiece a perfilar el enfoque de la «Geografía de la Percepción y del Conocimiento» a partir de los primeros años sesenta, éste se desplegará con una notable diversidad de planteamientos. Desde entonces, en efecto, se han ido constituyendo al menos tres grandes líneas de trabajo: la Geografía del Comportamiento analítica, con una marcada tendencia positivista en el método, la Geografía de la Percepción, a caballo entre los planteamientos humanistas y las direcciones meramente positivistas y la Geografía Humanista, más vinculada a métodos cualitativos, visiones holísticas de la relación del hombre con su entorno, o la incorporación de variables socioculturales en la percepción y construcción social de los espacios⁴³.

Dentro de este conjunto de enfoques hay que situar, precisamente, algunos análisis realizados por los geógrafos franceses acerca del modo en el que la influencia del medio cultural perfila nuestra percepción del espacio, surgiendo así un *espace vécu* diferenciado con respecto al espacio concebido o pensado en términos objetivos y convencionales desde la geografía tradicional. El trabajo de Michelle Masson con representaciones de itinerarios realizados por los niños, a partir de los recorridos entre el colegio y el domicilio, puede ser un ejemplo en esta dirección; desarrollándose así un «mapa» del espacio donde se da relieve a representaciones con un tamaño simbólico netamente diferenciado con respecto a los sistemas de representaciones del espacio «objetivo» de la cartografía tradicionalmente al uso. La investigación de Jean Rieucan sobre representaciones del océano y del continente entre los marineros proporciona otro ejemplo de la

43. Véase sobre el particular BOIRA MAIQUES, Josep Vicent: «El estudio del espacio subjetivo (Geografía de la percepción y del comportamiento): Una contribución al estado de la cuestión», *Estudios Geográficos*, LIII, 209, 1992. Agradezco a José Sierra el haberme proporcionado éste y otros materiales fundamentales para mi comprensión de las direcciones investigadoras de estas escuelas geográficas. Las temáticas abordadas por ellas son tan variadas como interesantes para la construcción de una historia social de los espacios; desde la Geografía del Comportamiento analítica, según Boira Maiques, se ha abordado preferentemente «la toma de decisiones relacionada con la utilidad y elección espacial; los problemas derivados de la localización; trayectos y distancias interurbanas; estructura y geometría de los mapas mentales, etc.»; desde la aproximación humanista, a su vez, los «valores morales del espacio y de sus usuarios, influencia de variables socio-culturales en el proceso cognitivo, valoración paisajística, papel de símbolos y significados urbanos»; ocupándose a su vez la Geografía de la Percepción, entre otras cosas, de «estereotipos, imágenes públicas de ciudades y barrios, evaluación personal, fuentes literarias y percepción de la realidad urbana» (pp. 580-581).

misma tendencia interpretativa⁴⁴. Los enfoques de la Geografía de la Percepción y del Conocimiento, en suma, constituyen una vía de renovación de la geografía académica en sus temas y procedimientos aunque en su intento de romper con ella, obviamente, no lleguen siempre a los extremos de una geografía radical de tono combativo mucho más explícito, y que se ha propuesto una lectura del espacio capaz de desvelar, desde sus posiciones socialmente activas y comprometidas, los mecanismos de opresión y explotación contribuyendo así a la lucha en su contra⁴⁵.

La geografía, en la medida en que sabe incorporar a su discurso un diálogo con otras disciplinas, y superar la construcción de las clásicas lecturas de cartografías con escasa relación con su contexto social o con las transformaciones históricas, constituye sin duda alguna una estimable reserva de recursos en cuanto al tratamiento espacial que aquí nos conviene; una geografía así entendida, de hecho, ha tenido plasmaciones académicas y plataformas de expresión de solvencia indiscutible. La trayectoria de las últimas décadas de publicaciones como el *Journal of Historical Geography* lo demuestra sobradamente, y ahí está para probarlo la prolongación de sus pesquisas sobre la historia urbana —y especialmente en sus trabajos sobre el urbanismo americano—, sobre los lugares de carácter público y de contacto interpersonal —los espacios y la arquitectura de los mercados y las tiendas, de los bancos y las oficinas, o de los monumentos o parques—, o incluso sorprendentes indagaciones sobre el espacio doméstico⁴⁶.

8. UNA ANTROPOLOGÍA DEL TERRITORIO

Existen, por consiguiente, materiales suficientes para la construcción de una historia social de los espacios, en el conjunto de la investigación histórica o en

44. MASSON, Michelle: «Espace vécu, représentation graphique et milieu culturel», *L'Information Géographique*, 4, 1994; RIEUCAU, Jean: «Océan et continent, deux espaces vécus en mutation chez les gens de mer», *Annales de Géographie*, 549, 1989.

45. GARCÍA RAMÓN, M. D.: «La geografía radical anglosajona», *Documents d'Anàlisi Geogràfica*, 1, 1977. Una visión más general del asunto en CHORLEY, R. J. (dir.): *Nuevas tendencias de la Geografía*. Madrid: Alianza, 1975, o GÓMEZ MENDOZA, J. y otros: *El pensamiento geográfico. Estudio interpretativo y antología de textos (de Humboldt a las tendencias radicales)*. Madrid: Instituto de Estudios de Administración Local, 1982.

46. GLEESON, B.: «Domestic space and disability in nineteenth century. Melbourne. Australia», *Journal of Historical Geography*, 22, 2, 2001; ESCOLA, R.: «Food Markets and Shops in Manchester 1770-1870», 1, 2, 1975; BLACK, I. S.: «Spaces of capital: bank office building in the City of London, 1830-1870», *ibidem*, 26, 3, 2000; COOKE, S.: «Negotiating memory and identity: The Hyde Park Holocaust Memorial, London», *ibidem*; WARD, D.: «Victorian cities: How modern?», *ibidem*, 1, 2, 1975; PETERSON, J.: «The evolution of Public Open Space in American Cities», *ibidem*, 12, 1, 1985. Este último artículo se construye al hilo de un comentario crítico a tres obras recientes sobre la temática; el editado por Charles E. BEVERIDGE y David SCHUYLER (*Creating Central Park 1875-1861*. Baltimore: John Hopkins University, 1983), el de Calen Cranz, (*The Politics of Park Design: A History of Urban Parks in America*. Cambridge: Massachusetts, 1982) y el de Cynthia ZAITZEVSKY (*Frederic Law Olmsted and Boston Park System*, Cambridge: Massachusetts, 1982). Un breve intento descriptivo para una historia social de los jardines españoles en URÍA, J.: «Lugares comunes para los ciudadanos. Breves apuntes sobre el jardín español del siglo XIX», *Pandora*, 1, 2001; en él se contienen materiales y bibliografía española sobre este último asunto.

los trabajos geográficos que forman parte del discurso más asentado académicamente; incluso pueden manejarse materiales válidos en este sentido provenientes de los propios trabajos de investigación españoles, según y como ha podido observarse en las referencias utilizadas hasta ahora en lo que va de texto. El problema, como en tantas ocasiones, no reside en la disponibilidad de materiales o de investigaciones concretas de que se pueda disponer en un ámbito de investigación preciso— en este caso, el de la historia— sino, más bien, el de sustituir la acumulación desordenada o la indagación intuitiva por una exploración sistemática y bien orientada, desde el principio, por unos presupuestos y un método más sistemático. Como ha podido observarse, son bastantes los indicios de que se está caminando en esta dirección en la historiografía o la investigación geográfica de los últimos tiempos. No cabe duda de que en nuestro caso el uso de ópticas como la de la sociabilidad informal pueden constituir una ayuda en esa dirección, al igual que puede serlo la incorporación de los conocimientos acumulados en líneas de investigación como las que han estado viéndose.

Ahora bien, en esos mismos materiales que se han estado examinando, ha podido observarse un detalle nada adjetivo a nuestros efectos; y es que su versatilidad y penetración analítica ha venido relacionándose directamente, en buena parte de los casos, con la capacidad que se ha tenido para mantener un diálogo constante con otras ciencias sociales, y en concreto con la antropología o la sociología. En el caso de estos dos últimos ámbitos disciplinares, además, tampoco la reflexión espacial ha ignorado al campo de sus preocupaciones desde el punto de vista teórico o del trabajo de campo.

La vecindad entre ambas disciplinas en cuanto a método o ámbito de sus preocupaciones, ciertamente, es cosa bien sabida. Es evidente, con todo, la especificidad del trabajo del antropólogo social en cuanto a la preeminencia de la contextualidad cultural, así como las proyecciones en el terreno simbólico de la herencia sociocultural y su papel activo a la hora de inspirar determinadas conductas sociales. Bastaría para recordar esta conexión transdisciplinar trabajos bien conocidos en la antropología social que, como en el caso del de Burton Benedict sobre los pequeños territorios y sus repercusiones en el desarrollo económico, constituyen a la vez tanto ejemplos de reflexión sociológica cuanto muestras del uso en este terreno del trabajo de campo antropológico. La difusión en el trabajo etnográfico de nociones de la reflexión sociológica de Habermas como la de «espacio público» —entendido como el territorio simbólico donde la interacción comunicativa define la opinión, el consenso o la voluntad común de un determinado colectivo social— constituye también un excelente ejemplo de la interconexión disciplinar que, como sabemos, ha dado ya fruto en trabajos de análisis espacial como los de Laurier, White y Buckner⁴⁷.

47. El trabajo de Burton Benedict, en cuyo título completo se hacía mención explícita a la inspiración inicialmente sociológica de su contenido, aparecía sin embargo en un volumen compilatorio de intención claramente antropológica, y dedicado a Radcliffe-Brown, presidente vitalicio de la Asociación de Antropólogos Sociales de la Commonwealth y uno de los máximos y más sistemáticos

La antropología social clásica, a su vez, ha reflexionado directamente sobre el asunto en varias ocasiones. Sin ningún ánimo exhaustivo, y simplemente como muestra indicativa de este tipo de investigaciones, pudieran recordarse trabajos que prolongan el interés que se ha observado ya en otros campos disciplinares por la organización de los territorios rurales o urbanos. A pesar de que el análisis antropológico suele centrarse en unidades de estudio mínimas (el pueblo o la aldea, por ejemplo) y que por tanto el nivel de detalle de la observación pudiera facilitar un análisis espacial muy pormenorizado es de notar cómo, por el contrario, el espacio es percibido a menudo como una realidad exógena o estática a la propia dinámica comunitaria; que influye por ejemplo en el tamaño o la escala de los grupos, pero que rara vez genera una reflexión directa sobre los escenarios o lugares de la acción social y que los contemple como ingredientes activos en la misma⁴⁸. Pese a que los espacios rurales han generado más trabajos en el campo antropológico que los urbanos, es posible señalar, de todos modos, un puñado de temáticas o esquemas analíticos de estos últimos de cierto interés a nuestros efectos. El trabajo de antropología urbana, de hecho, aparte de dibujar con vigor realidades como la del barrio, el suburbio o las áreas residenciales, descubre las relaciones de estas unidades con su entorno social gracias a su correcta ubicación dentro de una formación social; la investigación en las distintas *redes* o *flujos* que estructuran el tejido social urbano realiza las interconexiones de vecindad, clase social, raza, etnicidad, sexo o género que dan consistencia a estas «islas» territoriales dentro del tejido urbano o que son capaces de descubrir territorialidades nuevas antes invisibles⁴⁹. En lo que a la antropología rural se refiere, por otra parte, algunos de sus temas tienen también, sin duda, interés para la elaboración de interpretaciones históricas de los espacios. El hogar, la casa y el poblado han sido los temas que más han destacado en este particular; y los ensayos de Carmelo Lisón sobre la casa gallega, o de Sánchez Pérez sobre la andaluza, son buenos ejemplos del interés de este tipo de estudios⁵⁰. Son tradiciones

especialistas en la teoría cultural. Véase sobre el particular, BENEDICT, B.: «Características sociológicas de los pequeños territorios y sus repercusiones en el desarrollo económico». En: WOLF, Eric y BENEDICT, B. y otros: *Antropología social de las sociedades complejas*. Madrid: Alianza, 1999 (1.ª ed. London, 1966). Véase también el trabajo ya citado de LAURIER, Eric; WHITE, Angus y BUCKNER, Kathy: «An ethnography of a neighbourhood café...», *op. cit.* Sobre la noción de «espacio público», resulta útil el artículo de BOLADERAS CUCURELLA, Margarita: «La opinión pública en Habermas», *Anàlisi*, 26, 2001.

48. Un ejemplo de esta reducción del papel de la especialidad en el análisis grupal puede verse en el trabajo ya citado de B. Benedict, o en el de J. CLYDE MITCHELL («Orientaciones teóricas de los estudios urbanos en África») inserto en el mismo volumen. Naturalmente quedan fuera de esta tendencia general clásicos como el insustituible análisis de LÉVI-STRAUSS, Claude: «¿Existen las organizaciones dualistas?». En: *Antropología Estructural I*. Buenos Aires: Eudeba, 1961. En el ensayo, como es sabido, el autor analizaba los planos de diferentes aldeas amazónicas y polinesias a partir de las distintas oposiciones binarias; entre ellas su conocida antinomia crudo/cocido.

49. PUJADAS, Joan J.: «Antropología urbana». En: PRAT, J. y MARTÍNEZ, A. (eds.): *Ensayos de antropología cultural. Homenaje a Claudio Esteva-Fabregat*. Barcelona: Ariel, 1996, pp. 241-251.

50. LISÓN TOLOSANA, C.: «La casa en Galicia». En: *Ensayos de Antropología Social*. Madrid: Ayuso, 1978. SÁNCHEZ-PÉREZ, F.: *La liturgia del espacio*. Madrid: Nerea, 1990. Ambos libros son citados en la voz «Espacio», obra de J. A. GONZÁLEZ ALCANTUD, en el *Diccionario temático de antropología*. Barcelona:

como éstas, precisamente, las que se entrecruzan en una «Antropología del territorio» que ha tenido en España magníficos exponentes en los que el trabajo antropológico, además, ha solido entrecruzarse con una saludable consideración del entorno socioeconómico y las bases históricas de la organización territorial; trabajos como los de J. L. García García sobre la organización del espacio en el contexto de las prácticas paternalistas del empresariado minero asturiano, o de J. Oliver Sánchez Fernández sobre el espacio marino y sus delimitaciones entre los pescadores de Cudillero, constituyen buenos ejemplos de ello⁵¹.

La tradición etnológica francesa, a su vez, también ha contribuido al análisis del espacio con temas y planteamientos en ocasiones bastante parecidos a los que aquí se han evocado con otra bibliografía. Pero, con todo, quizá haya sido el análisis del *imaginario* y sus estructuras antropológicas el que haya relanzado con mayores ínfulas de novedad el interés por el asunto siendo como es, además, un esquema de trabajo particularmente influyente en el campo de la etnología. Hay que recordar que el *Centre de Recherches sur l'imaginaire de Grenoble*, creado por Gilbert Durand en los años sesenta, tenía ya a principios de los noventa 47 centros delegados en 14 países de las cinco partes del mundo. La labor del Centro y, en particular, la del discípulo de Bachelard, G. Durand, se había desplegado en el ambicioso proyecto de elaborar todo un organigrama sistemático que, a modo de repertorio rigurosamente ordenado de imágenes, recogiese la gran constelación de las manifestaciones del imaginario; entendido éste, usando de sus propias palabras, como un «conjunto de imágenes y de relaciones de imágenes que constituye el capital pensado del *Homo sapiens*». El intento, vasto y ambicioso, no deja de presentar sus escollos desde el punto de vista del análisis histórico, toda vez que el autor se empeñaría en afirmar, como conclusión fundamental de su labor, la tesis de que subyaciendo a la heterogeneidad y la mutabilidad de un imaginario construido a través de la historia existían «constantes formativas e informativas absolutamente heterogéneas, irreductibles, recurrentes de modo sempiterno a través de las “diferencias” de los tiempos, de los momentos históricos o existenciales, [o] de climas culturales». Así pues, mientras que para el historiador los datos proporcionados por esas estructuras del imaginario podrían llegar a tener sentido en la medida en que confirmasen la diversa funcionalidad de uno u otro de sus ingredientes a lo largo del tiempo y en un conjunto social dado, en la perspectiva de Durand, por el contrario, la función de la historia, una vez perfectamente establecidos los mapas o estructuras permanentes del imaginario, se volvería escasamente relevante; limitándose a confirmar, a lo más, la inmutabilidad de sus elementos, y volviéndose su evolución —su historia, en consecuencia— un dato totalmente adjetivo. Pese a tales reservas, sin embargo, estos planteamientos etnográficos pudieran tener para el trabajo del historiador

PPU, 1993, pp. 229-234, que contiene interesantes, aunque breves, anotaciones sobre las relaciones entre el espacio y la antropología.

51. GARCÍA, J. L.: *Antropología del territorio*. Madrid: Taller de Ediciones Josefina Betancort, 1976; SÁNCHEZ FERNÁNDEZ, J. Oliver: *Ecología y estrategias sociales de los pescadores de Cudillero*. Madrid: Siglo XXI, 1992.

una utilidad que a nadie debe escapársele. Como ha dejado dicho Yves Pellicier a propósito del estudio de Guy Thuillier sobre *L'Imaginaire quotidien au XIXe siècle*, uno de los méritos de este tipo de trabajos es, sin duda, «recordarnos la presencia del imaginario en lo cotidiano, y reivindicar todo lo que no está esculpido en la piedra, caligrafiado por los sacerdotes o manifestado en el objeto o el acontecimiento», y que resultan las evidencias más usuales para el trabajo del historiador. Evidentemente son los trabajos prácticos de grupos como el de la *Maison des cultures du monde*, cuando analizan el cuerpo como construcción cultural, espacios como el de *Les Halles* o ritos como el de las fiestas brasileñas, los que rinden mayor utilidad historiográfica... a condición de proyectar esa mirada a lo largo del tiempo, y analizar tanto sus mutaciones como los cambios que le sobrevienen en su funcionalidad sociocultural⁵².

9. SOCIOLOGÍA Y ANÁLISIS ESPACIAL

El tratamiento de los espacios ha estado presente, asimismo, desde los comienzos de la sociología como ciencia, y su interés no ha hecho más que acrecentarse; como ha argumentado recientemente Anthony Giddens «comprender la manera en la que la actividad humana se distribuye en el espacio es fundamental para el análisis de la vida social. La interacción humana está situada en espacios particulares que tienen variedad de significados sociales».

La presencia del espacio es perceptible, desde luego, entre los «padres-fundadores» de la sociología. Tanto en Weber como en Durkheim se encuentran, en efecto, referentes a los territorios en los que se inscribe y con los que interactúa la actividad social. Bastaría para recordarlo, en el caso de Weber, evocar su noción del *espacio vital alimenticio* y las consecuencias que acarrea su reducción en la conducta social, restringiendo las necesidades o el número de los

52. Véase la 11.ª ed. de DURAND, G.: *Les structures anthropologiques de l'imaginaire. Introduction à l'archétypologie générale*. Paris: Dunod, 1992; con una útil reproducción de los prólogos a la 11.ª, 10.ª, 6.ª y 3.ª ediciones. El optimismo del autor acerca de las capacidades de la antropología del imaginario es, sin duda, difícilmente superable. Ya en el prólogo a la tercera edición se reivindicaba que el imaginario, «lejos de ser la epifenoménica "imaginación" a la que la reduce la psicología clásica, es por el contrario la norma fundamental —la "justicia suprema" escribe Breton— tras de la que la continua fluctuación del progreso científico aparece como un fenómeno anodino y sin significación». En el prefacio a la sexta, a su vez, se insiste en que las tesis sostenidas en el libro se habían «visto de año en año confirmadas por la corriente de pensamiento que marca el "gran giro" de civilización que estamos a punto de vivir tras un cuarto de siglo»; en el prefacio a la décima, en fin, se definiría la «galaxia del imaginario» como «el cielo epistemológico y filosófico que se eleva en la negra aurora de este fin de siglo XX». Véase también el prólogo de Yves PELICIER al trabajo de THULLIER, Guy: *L'imaginaire quotidien au XIXe siècle*. Paris: Economica, 1985, p. V; así como los trabajos de David LE BRETON («Le corps en scène»), Jean-Marc LACHAUD («Sur quelques débordements du corps dansant»), Pierre-François LARGE y Didier PRIVAT («Le Forum des Halles, le non-lieu des non-lieux») o Lea FREITAS PÉREZ («Lieu de fêtes au Brésil») en *Internationales de l'Imaginaire. Nouvelle série. Numéro 2. Lieux et non-lieux de l'imaginaire*. Paris: Maison des Cultures du Monde, 1994.

colectivos sociales, o impulsando la racionalización e intensificación de sus estructuras económicas. En el caso de Durkheim, a su vez, se encuentran también reflexiones sobre el territorio; un territorio, en este caso, cargado de connotaciones simbólicas y culturales, y de delimitaciones espaciales muy precisas, y que servía de escenario o de ámbito de actuación de ritos religiosos como los de los Warramunga; de esta manera el espacio ceremonial, en casos así, emergía como un complejo campo de representaciones que resumían y ejemplificaban tanto el mundo religioso como la conducta social comunitaria⁵³.

La reflexión sociológica sobre el papel social de los espacios, desde entonces, no ha dejado de estar presente en el ámbito sociológico, aunque su inserción en el utillaje historiográfico sea cosa más bien reciente. Giddens ha sido, en particular, una referencia especialmente manejada en ámbitos metodológicos como el de los «estudios culturales». La reflexión del autor ha tendido a desarrollar conceptos de la sociología de Goffman como los de áreas «delanteras» o «traseras»; reservándose a los espacios del primer tipo las representaciones de actos sociales públicos y socialmente aceptados, y entendiendo los del segundo como lugares para la relajación de la formalidad pública o para los ensayos de las representaciones públicamente normalizadas. El reparto de muchos espacios públicos o privados, como el del domicilio, se zonificaría de acuerdo a categorías como éstas, aunque la funcionalidad de cada una de las áreas delimitadas pudiera variar en contextos culturales diferentes. La reflexión de Giddens, de todos modos, ha sido también sensible a otras aportaciones y, en concreto, ha intentado una difícil síntesis entre los presupuestos de la «ecología urbana» de la Escuela de Chicago, con su hincapié en la visión de los procesos espaciales como un resultado «natural» de adaptación a las condiciones del medio, y los del análisis urbano desplegado por David Harvey y por Manuel Castells; ambos con una perceptible influencia de la obra de Marx, y con una visión del fenómeno urbano como reflejo de los sistemas de poder sociopolítico y económico⁵⁴. Es cierto, en todo caso, que la alusión a Harvey o Castells en la obra de Giddens era obligada, teniendo en cuenta el notorio nivel de debate que estimularon sus tesis en la sociología urbana; llama la atención, sin embargo, la práctica ausencia de meditaciones sociológicas o etnosociológicas sobre obras críticas como la de Lefebvre; cuyas reflexiones sobre la ciudad, pese a su selectiva y relativamente tardía recepción en el mundo académico anglo-americano, no dejaron de pesar mucho en círculos de especialistas en

53. La cita de Giddens, de 1984, en BARKER, Chris: *op. cit.*, p. 290; WEBER, Max: *Economía y sociedad*. México: FCE, 1994, pp. 51 y ss.; DURKHEIM, Emile: *Las formas elementales de la vida religiosa*. Madrid: Akal, 1982, pp. 346-361.

54. BARKER, Chris: «Space and Place in Contemporary Theory». En *Cultural...*, *op. cit.*, p. 290. La interpretación de Harvey y Castells, en la obra de GIDDENS, A.: *Sociología*. Madrid: Alianza, 1999, pp. 601-609. Sobre las ideas de Castells, y en particular el papel que otorga a la lucha de los nuevos movimientos sociales por la transformación espacial urbana, es de interés la consulta de obras como *La ciudad y las masas. Sociología de los movimientos sociales urbanos*. Madrid: Alianza, 1986.

geografía o sociología urbana, y que, de cualquier manera, no debieran ser orilladas en una exposición sobre esta temática⁵⁵.

Aunque aventuras interpretativas de los espacios como la de Lefebvre resultan incitantes y plenas de enseñanzas sobre la lectura social del entorno, es cierto que algunos de los desarrollos sociológicos o teóricos a su propósito —como los mismos de Castells o de Harvey como les sabe reprochar Giddens— pueden resultar singularmente abstractos y con menos capacidad de incitación al trabajo de campo que el que han sido capaces de sugerir históricamente otros esquemas interpretativos, como el de los mismos planteamientos ecológicos de la Escuela de Chicago. De cualquier modo que sea el trabajo de campo del sociólogo, y en particular en algunas áreas concretas como las de las «topografías» particulares generadas por determinadas clases sociales, sigue resultando una fuente de permanente inspiración para el historiador. Los trabajos sobre la sociología de la burguesía de Michel Pinçon y Monique Pinçon-Charlot, por ejemplo, quizá no viniesen mal a quienes les apetezca superar la lectura de una clase social únicamente en clave de patrimonios familiares, cantidades de capital transmitidas en herencia, o redes de parentesco y de influencia determinadas por los matrimonios o la presencia de determinados apellidos en los consejos de administración de las empresas; o a quienes, simplemente, estén habituados a contextualizar la dinámica social y los conflictos en oposiciones binarias —burguesía/proletariado, por ejemplo— sin contemplar, más allá de algunas referencias retóricas, la complicación que suponen las alianzas o la permeabilidad ocasional mostrada con las *clases medias*, o la impregnación de los ideales y la *weltanschauung* de la nobleza. La exposición de Pinçon y Pinçon-Charlot, en cambio, estudia de modo convincente campos como el del *capital simbólico*, contemplándolo como un ingrediente significativo en la definición sociológica de la riqueza, y no como un componente adjetivo y hasta folclórico en el perfil de la clase; indagan en la funcionalidad social del protocolo y los códigos de buena conducta, y su papel en la codificación consciente de su autoestima como clase social; y, por supuesto, incorporan la lectura de los «espacios de la burguesía» como lugares eminentes de visualización y reproducción de las relaciones de hegemonía dentro de una formación social dada⁵⁶.

55. Si se exceptúan algunas obras de marxismo, traducidas entre los años sesenta y ochenta, y unos pocos ensayos más, y entre ellos sus reflexiones sobre la vida cotidiana, la versión inglesa de trabajos sobre sociología urbana de Lefebvre es de los años noventa, y en particular *La production de l'espace* (1.ª ed. francesa Paris, 1974; ed. inglesa London, 1991); y *Writings on Cities*. Oxford: Blackwell, 1996; una compilación de otros escritos anteriores del autor entre los que figuraba su fundamental *Le droit a la ville* (Paris: Anthropos, 1968). La obra de Lefebvre, en todo caso, fue decisiva en la lectura urbana de autores como Harvey, y una referencia muy influyente en autores de la teoría social posmoderna (Jameson, por ejemplo) o en las lecturas de geógrafos posmodernos (M. Dear o P. Hamel y D. Poiras). Sobre la influencia de Lefebvre en el mundo anglosajón, véase la fundamental «Introduction» (pp. 3-60) de Eleonore KOFMAN y Elizabeth LEBAS a la obra de LEFEBVRE ya citada *Writing on Cities*; mucho más sumario es el «Avan-propost...» de Remi HESS a la 4.ª ed. parisina de *La production de l'espace*, de Henri LEFEBVRE (pp. V-XVI).

56. PINÇON, Michel y PINÇON-CHARLOT, Monique: *Sociologie de la bourgeoisie*. Paris: La Découverte, 2000. Los autores han escrito también sugerentes trabajos sobre *Quartiers bourgeois, quartiers*

Lo expuesto hasta este momento, en conclusión, permite fundamentar la existencia de un caudal convincente de estudios o de planteamientos teóricos sobre el espacio desde el punto de vista antropológico o sociológico; aunque necesitados, no es preciso insistir en ello, de una atenta vigilancia crítica si se les quiere incorporar sin violencia al discurso histórico. Lo cierto es que estos materiales pudieran integrarse dentro de un esquema interpretativo de intención semiótica tal, que facilitase una lectura de los lugares sociales como una realidad con una lógica subyacente que hay que desvelar, y que responde siempre a una estructura social determinada que reflejan o que interactúa con ellos. Quizá sea el momento de reivindicar una sociosemiótica que sepa interpretar e incorporar al discurso histórico los espacios, en tanto que lugares de sociabilidad y escenarios implicados en la dinámica social; y sin por ello llegar a creer, al modo de algunas lecturas posestructuralistas o postmodernas, que los *textos* hechos de símbolos, rituales, discursos o prácticas culturales sean un sustituto de la estructura social, protagonizando así un *giro* lingüístico en el que el signo sustituye a la realidad misma, hasta consumarse así una curiosa perversión en el sentido prístino de la semiótica, y negando que podamos tener alguna evidencia de lo real fuera de sus signos *lingüísticos*⁵⁷.

d'affaires (Paris: Payot, 1992), *Grandes fortunes, Dynasties familiales et formes de richesse en France* (Paris: Payot, 1996), *Les Rotbchild. Une Famille bien ordonnée* (Paris: Payot, 1998).

57. Sobre la escisión entre el análisis social y determinadas direcciones de la semiótica o el *giro lingüístico*, véanse los trabajos de BONNELL, V. E. y HUNT, L.: «Introduction», y ROSE, S. O.: «Cultural Analysis and Moral Discourses: Episodes, Continuities, and Transformations». En: BONNELL, V. E. y HUNT, L.: *Beyond the Cultural Turn*. Berkeley: University of California Press, 1999. Una buena guía para el debate generado por el posestructuralismo, o las teorías posmodernas o deconstructivistas en JENKINS, Keith (ed.): *The Postmodern History Reader*. London: Routledge, 1997.